

SALMO

2

Este es un salmo muy actual pues hace referencia a un acontecimiento que tendrá lugar en breve, cuando *“los reyes de la tierra y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido”* (vers. 2) con el fin de abolir su ley y así romper sus ligaduras (vers. 3).

- 1 ¿POR qué se amotinan las gentes,
y los pueblos piensan cosas vanas?
- 2 Se levantarán los reyes de la tierra,
y príncipes consultarán unidos
contra Jehová, y contra su ungido, diciendo:
- 3 Rompamos sus ligaduras,
y echemos de nosotros sus cuerdas.
- La vanidad va a la vanguardia de los planes e invenciones de la mente humana y un pueblo tras otro, una nación tras otra, se afana en superar a las demás en *“cosas vanas”*, mientras *“se amotinan las gentes”* (vers. 1) en violenta protesta por el abuso, el mal trato, la indiferencia, la explotación del hombre por el hombre.
- “¿Por qué?”* (vers. 1), se pregunta el salmista, pero nadie le da una respuesta.
- La profecía nos alerta sobre el surgimiento de un poder que concentrará a todos los demás y luchará contra los hijos de Dios. La santa ley de Dios –los Diez Mandamientos– que son para los fieles una protección y la ley de la libertad, como la llama Santiago (2:12), es para quienes aman la anarquía y el libertinaje, como ligaduras, cuerdas que ponen sujeción a sus miembros presentados *“al pecado como instrumentos de iniquidad”* en lugar de presentados *“a Dios como instrumentos de justicia”* (Romanos 6:13).

Vivimos en una época en que se habla de unidad y de paz, dos conceptos que Jesús predicó y por los cuales oró. *“La paz os dejo, mi paz os doy”* dijo, pero aclaró: *“Yo no os la doy como el mundo la da”* (Juan 14:27), sino que declaró *“no penséis que he venido para traer paz a la tierra...”* (Mateo 10:34). No hay ninguna contradicción en estas declaraciones, como a primera vista podría parecer. La paz que Cristo ofrece es individual, una paz interior, una tranquilidad de conciencia, un bálsamo que recibe el alma del pecador al experimentar el perdón por medio de la fe en la gracia y saberse reconciliado con el Padre celestial y un candidato más a la vida eterna.

La paz que buscan los hombres, basada en el compromiso y motivada por intereses personales y por el egoísmo, no es duradera, sino temporal. Basta remontarse en la historia

y analizar los miles de tratados de paz firmados entre las naciones, e incluso las instituciones que han sido fundadas con el propósito de preservar la paz mundial, y ver su duración en el tiempo y su eficiencia en el logro de su objetivo. Ya dijo el profeta: *“Porque desde el más chico de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores. Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz”* (Jeremías 6:13, 14). El apóstol Pablo, refiriéndose al final de los tiempos, predijo: *“Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escapan”* (1 Tesalonicenses 5:3), mientras el profeta Isaías lamenta: *“¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar”* (Isaías 48:18). Buscar la paz fuera de la observancia de la ley de Dios es una quimera.

La unidad por la que Jesús oró *“para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros...”* (Juan 17:21), se puede lograr solamente entre las personas que han sido transformadas por la gracia divina al contemplar el sacrificio hecho en el Calvario por su redención. Entonces, *“ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer”*, sino que todos son *“uno en Cristo Jesús”* (Gálatas 3:28). Pero en todas las épocas se ha buscado la paz por medio de tratados, de compromisos y, hoy en día, el “ecumenismo”, en su afán de unir al mundo en una misma manera de pensar y de sentir, se ha concentrado en la esfera religiosa de donde tratará de extenderse hacia la social y política. Sin embargo, para lograr esa unidad se ponen de lado principios eternos y está lejos de ser *“la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”* de la que habla Pablo a los Efesios (4:3).

- 4 El que mora en los
cielos se reirá;
el Señor se burlará de
ellos.
- 5 Luego hablará a ellos
en su furor,
y los turbará con su ira.

Pero, *“el que mora en los cielos se reirá”* (vers. 4) de ese loco afán de los hombres vanidosos y orgullosos que no consultan a su Creador y hacen caso omiso de sus advertencias, anulan sus mandamientos y se vanaglorian de sus logros. *“El Señor se burlará de ellos... y los turbará con su ira”* (vers. 4, 5). No quedará impune el que se atreva a alzarse contra el Rey del universo quien ha erigido un Juez sobre las naciones, pues dice: *“los quebrantarás con*

vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás” (vers. 9).

- 6 Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte.
- 7 Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy.
- 8 Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.
- 9 Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.
- 10 Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra.
- 11 Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor.
- Este Juez, que parece implacable, antes de ejecutar una sentencia tan dura, manifiesta gran misericordia y paciencia. Se trata del Hijo de Dios, no creado, sino “engendrado” (vers. 7) por su Padre, (misterio que aceptamos por fe), es decir, que es de su misma naturaleza. A Él se le concede “por herencia las naciones y como posesión” “los confines de la tierra” (vers. 8), una tierra en la que vivió como hombre, sufrió entre, por y a mano de los hombres a los que puede juzgar con justicia porque comprende sus debilidades, quien está dispuesto a revestirlos con su manto de justicia y constantemente los invita hacia sí y los atrae con cuerdas de amor (Oseas 11:4).
- La amonestación: “Oh, reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra” (vers. 10), es dirigida a los que responden a su llamado, a los que viven bajo la gracia, a los que quieren que su carácter sea purificado y desean ser restaurados a la imagen de su Creador; a los que aceptan llenos de gratitud el gran sacrificio hecho por ellos en el Calvario. Éstos serán reyes en la nueva tierra y, con su Redentor, juzgarán a los impíos una vez que sean trasladados a los cielos donde durante mil años aprenderán justicia junto a su Maestro celestial.
- “Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor” (vers. 11). La prudencia, esa virtud que caracterizaba al rey David y que va de la mano de la sabiduría –“Yo, la sabiduría, habito con la cordura” (Proverbios 8:12)–, no se logra sin el temor de Jehová, pues “el principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Salmo 111:10). De ahí que es sabio y prudente servir a Dios con temor, con reverencia, consciente de su autoridad y posición como regente del universo y, sobre todo, de la profundidad de su amor, ya que es bien sabido que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Quien ha tenido esta experiencia, quien ha sentido su corazón traspasado por ese amor, no puede hacer otra cosa que alegrarse con temblor pues su alegría se basa solamente en su Señor, quien fue clavado en la cruz por

sus transgresiones. Es una alegría que no tiene nada que ver con el bullicio y la algarabía mundana, sino que está íntimamente unida a la paz interior; es un gozo pacífico y constante, casi doloroso y que halla su mayor expresión en las lágrimas cuando por el efecto de la gracia divina en el alma se tiene una revelación del Cristo crucificado.

12 Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira.

La ira del Hijo de Dios se inflama solamente ante la incredulidad del hombre que rechaza la gracia y elige vivir en el pecado y la ignominia. Su enojo es legítimo, pues Él dio su vida por todo pecador para librarlo del pecado, ya que *“la paga del pecado es muerte”* (Romanos 6: 23), y para darle vida eterna. Quien en lugar de honrar su nombre lo blasfema, deberá pagar con su propia vida por sus transgresiones y perecerá en el camino de la salvación. ¡Qué triste! Mas, *“bienaventurados todos los que en Él confían”*.

Bienaventurados todos los que en Él confían.

Confíemos en Él. No nos defraudará jamás.

SALMO

12

Desde que el pecado entró en el mundo, los hijos de Dios han sido siempre oprimidos, perseguidos, muertos, empezando por Abel y a lo largo de toda la historia de la humanidad hasta nuestros días.

Muchas veces, debido a su imprudencia, desobediencia y apostasía, el pueblo de Dios caía en poder del enemigo quien lo llevaba en cautiverio hasta que llegaba el momento de su liberación por la poderosa mano de Dios en forma verdaderamente milagrosa, cuando éste, arrepentido de su mal proceder, clamaba a Dios por liberación.

1 SALVA, oh Jehová,
 porque se acabaron
 los piadosos;
 porque han
 desaparecido los
 fieles de entre
 los hijos de los
 hombres.

En este hermoso salmo, el rey David clama a Dios para que salve a los suyos *“porque se acabaron los piadosos; porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres”* (vers. 1).

Cuando los habitantes de Sodoma y Gomorra llegaron a un extremo tal de perversidad y amoralidad que Dios decidió destruirlos, Abraham entabló un diálogo con uno de los tres visitantes celestiales, con el Señor de misericordia, y le preguntó: *“¿Destruirás también al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad...”* (Génesis 18:23, 24), a lo que Jehová contestó: *“Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos”* (Génesis 18:26). ¡Cuán maravillosa es la gracia divina! ¡Cuán importante y valiosa es la presencia de los hijos de Dios sobre la tierra! Es por amor a ellos que Dios tolera la injusticia y no adelanta su juicio sobre las naciones. El diálogo de Abraham con su Señor continúa, si bien él mismo se asombra de su propia osadía, y dice: *“He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza”* (Génesis 18:27). El regateo llega a tal punto que aun por diez justos el Señor está dispuesto a perdonar a la ciudad entera, pero ni siquiera diez son encontrados y los ángeles deben ir a ejecutar sus órdenes y sacar, *“asiendo de la mano”*, a Lot, su mujer y sus dos hijas. La gracia se había extendido a los futuros yernos de Lot, pero éstos la rechazaron y se burlaron de la advertencia. Nuestra salvación depende de cuán seriamente tomamos las advertencias, amonestaciones y promesas de Dios y no de nosotros mismos.

Lot recibió la orden: “*Escapa por tu vida, no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura, escapa al monte, no sea que perezcas*” (Génesis 19:17); pero su respuesta fue: “*No... yo no podré escapar al monte*” (Génesis 19:18, 19). El yo es lo que siempre se interpone entre la orden divina y el hombre. Dios, juntamente con la orden, da la fuerza para llevarla a cabo, pero el hombre carente de fe, mide sus propias fuerzas y se ve impotente para llevar a cabo la empresa, y dice: “*Dejadme escapar ahora allá [a la ciudad en el valle] y salvaré mi vida*” (Génesis 19:20). Una vez más el yo, la confianza en su capacidad para salvarse. Pero si bien Dios no nos protege de las consecuencias de nuestra falta de fe, la tolera, y finalmente su plan para con nosotros se cumple, a pesar de nosotros mismos, si es que realmente lo amamos. Así fue que Lot fue salvo.

- 2 Habla mentira cada uno con su prójimo; hablan con labios lisonjeros, y con doblez de corazón.
- 3 Jehová destruirá todos los labios lisonjeros, y la lengua que habla jactanciosamente;
- En este salmo, David no hace lo que hizo Abraham, no trata de convencer a Dios que su justicia no puede destruir a los justos a causa de los impíos, sino que anuncia al Señor que ya no hay ni un piadoso, ninguno que sea fiel; todos hablan mentira, son lisonjeros y “*con doblez de corazón*” (vers. 2), y pide al Señor que actúe, que no se demore más, que cumpla su promesa de destruir los labios lisonjeros y la lengua jactanciosa.
- Es el clamor de los justos por el pecado de los impíos que mueve el brazo misericordioso de Dios. El Señor envió a sus ángeles a destruir a Sodoma cuando “*el clamor contra ellos [los impíos habitantes del lugar] había subido de punto delante de Jehová*” (Génesis 19:13). Dios mandó a Moisés que liberara a su pueblo del cautiverio en Egipto, cuando “*los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron, y subió a Dios el clamor de ellos... y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto...*” (Éxodo 2:23, 24). Cuando la opresión de los hijos de Dios a mano de los impíos llega a un punto tal que éstos no lo pueden resistir y claman a su Señor, es cuando Él actúa.

Cuando el versículo en Romanos 8:23 se cumpla: “*Sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo*”, el Señor oirá desde Sión y vendrá a liberar a su pueblo y a “*destruir a los que destruyen la tierra*”

4 a los que han dicho:
 Por nuestra lengua
 prevaleceremos;
 nuestros labios son
 nuestros; ¿quién es
 señor de nosotros?

5 Por la opresión de
 los pobres, por el
 gemido
 de los menesterosos,
 ahora me levantaré,
 dice Jehová;
 pondré en salvo al que
 por ello suspira.

(Apocalipsis 11:18). Jehová se levantará “*por la opresión de los pobres, por el gemido de los menesterosos*” (vers. 5), y hay muchos oprimidos y menesterosos en el mundo.

Es de suma importancia, entonces, predicar el Evangelio a los pobres y necesitados; decirles que el Señor envió a su Hijo “... *a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos... a proclamar... el día de venganza del Dios nuestro...*” (Isaías 61:1, 2), para que no ambicionen mejorar su situación en este mundo donde abundan el egoísmo, la injusticia, el orgullo, la avaricia, la codicia, el odio; donde aun si logran, por la gracia divina, salir de su condición y subir en la escala social, corren el riesgo de negar a Dios; de allí que la oración del sabio sea: “*No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario; no sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová?*” (Proverbios 30:8, 9).

Esta es la pregunta que el autor del salmo dice que hacen los infieles: “*¿Quién es señor de nosotros?*” (vers. 4). ¿Acaso no fue esa la misma pregunta que hizo el Faraón de Egipto: “*¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?*”? El drama de la vida del Faraón no fue su declaración posterior: “*Yo no conozco a Jehová*”, sino el hecho que a pesar de que el Señor se manifestó a él y a su pueblo con gran fuerza y poder, éste se negó a reconocerlo como su Dios (Éxodo 5:2). Su fin fue el anunciado por el apóstol Pablo como sentencia a todos los que se niegan a reconocer “*su eterno poder y deidad*” que “*se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas*” y que “*habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles*” (Romanos 1:20-23).

Aunque el Dios de amor había permitido que su pueblo morara en medio del idólatra pueblo egipcio, dando así una oportunidad al país del Nilo que conociera al Dios vivo; aunque había mandado a Moisés y lo había dotado de la capacidad de hacer milagros para impresionar la

mente y el corazón del Faraón y hacerlo humillar ante el Dios omnipotente y aceptarlo como autoridad máxima, éste decidió voluntariamente ignorar la mano poderosa de su Creador y seguir adorando “aves, cuadrúpedos y reptiles”.

La declaración del Señor en el salmo: “Pondré en salvo al que por ello suspira” (vers. 5), es conforme a la orden que le da al ángel en Ezequiel 9:4: “Ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen...”.

La situación del mundo en la época del profeta no era muy diferente a lo que vemos y oímos hoy en día: “La tierra está llena de sangre, y la ciudad está llena de perversidad”, y la gente dice hoy, al igual que en otro tiempo: “Ha abandonado Jehová la tierra, y Jehová no ve” (Ezequiel 9:9). ¿Es cierto que Dios no ve? ¿O, más bien, lo cierto es que “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios”? ¿Y qué es lo que ve y oye? “Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables... Todos se desviaron... no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Salmo 14:1-3).

La situación y las promesas presentadas en este hermoso salmo son muy actuales cuando observamos las señales de los tiempos previos a la venida de Jesús, según anunció Él mismo a sus discípulos: Rumores de guerra, pestilencias, terremotos, hambrunas, etc.; o cuando vemos cumplirse la predicción del apóstol Pablo a su discípulo Timoteo con respecto a la condición de la sociedad en la época del fin: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:1-5).

“Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces” (vers.

6 Las palabras de Jehová son palabras limpias; como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces.

6); dicho de otra manera: su Palabra es eterna: *“Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre”* (Isaías 40:8). Jesús es el Testigo Fiel y Verdadero y su Palabra como *“espada de dos filos”* (Hebreos 4:12). El número siete significa perfección, plenitud; el último estadio del plan de salvación de Dios, para la raza caída, es su total redención, su entrada triunfante en la corte celestial para compartir la gloria de su Señor, quien por medio de su preciosa sangre dio a sus hijos la victoria sobre la esclavitud del pecado.

7 Tú, Jehová, los guardarás; de esta generación los preservarás para siempre.

A pesar de que los hijos de Dios deben pasar por duras pruebas –las cuales tienen como fin hacerlos crecer en fe y desarrollar una total confianza y dependencia de su Padre celestial–, nunca están solos o son dejados a la merced del enemigo, sino que la promesa del Señor expresada por el salmista es clara: *“Tú, Jehová, los guardarás; de esta generación los preservarás para siempre”* (vers. 7), ya que están cercados por los malvados *“cuando la vileza es exaltada entre los hijos de los hombres”* (vers. 8).

8 Cercando andan los malos, cuando la vileza es exaltada entre los hijos de los hombres.

Sin embargo, el hijo de Dios que anda por fe y no por vista (2 Corintios 5:7), al igual que el profeta Eliseo –quien al verse rodeado por el numeroso ejército sirio le dijo a su siervo: *“No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos”*, pues sus ojos físicos, gracias a su inmensa fe, habían sido abiertos por la gracia divina para ver *“el monte lleno de gente a caballo, y de carros de fuego”* (2 Reyes 6:16, 17)–, verá que las huestes celestiales están en pie de guerra contra el enemigo.

Sin lugar a dudas *“las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces”* (vers. 6).

¡Quiera el Señor humillar nuestros corazones para que podamos creer a pie juntillas en su Palabra!

SALMO

16

El rey David se acerca a su Señor con una súplica: “*Guárdame, oh, Dios*”, y la única razón por la cual espera que responda a su pedido es que ha confiado en Él. No hay nada que podamos presentarle a Dios para obtener su gracia, nada que aprecie más que nuestra necesidad de Él, nuestra confianza en su misericordia.

1 GUÁRDAME, oh

Dios, porque en ti he confiado.

El alma que elige a Dios como a su Señor vivirá protegida de los asaltos del enemigo y no encontrará bien en el pecado, en la transgresión, “*fuera del Señor*”. Todo lo que ofrece el mundo: conocimientos, riquezas, fama, es temporal, efímero, perecedero, y muchas veces un peso agobiante o simple vanagloria, pero el Señor, al ofrecerse a sí mismo, nos ofrece el mayor conocimiento, la mayor riqueza, “*abundantes riquezas de su gracia*” (Efesios 2:7), pues Dios “*es rico en misericordia*” (Efesios 2:4). Pablo, el apóstol intelectual que logró el más alto nivel espiritual porque se humilló ante su Creador poniendo su mente y sometiendo sus pensamientos a su santa voluntad, consideró todo como basura “*por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús*” (Filipenses 3:8).

2 Oh alma mía, dijiste a

Jehová:

Tú eres mi Señor;
no hay para mí bien
fuera de ti.

3 Para los santos que
están en la tierra,
y para los íntegros,
es toda mi
complacencia.

Realmente, quien ha experimentado lo que significa tener a Dios como su Señor, no puede encontrar bien fuera de Él, sino que someterá todo su ser al divino control para que sus pensamientos y sentimientos sean purificados por medio de la sangre redentora de Cristo y para que el Abogado celestial tome su nombre en sus labios.

4 Se multiplicarán los
dolores de aquellos
que sirven diligentes
a otro dios.

No ofreceré yo sus
libaciones de sangre,
ni en mis labios
tomaré sus nombres.

El salmista, que ha experimentado el gran amor y misericordia de Dios, declara que él no tendrá ninguna participación en los cultos paganos en los que se hacían “*libaciones de sangre*” y se invocaba el nombre de dioses que eran fruto de la imaginación de los hombres. Su confianza estaba totalmente depositada en el Dios vivo, en Jehová de los ejércitos.

5 Jehová es la porción
de mi herencia y de
mi copa;
tú sustentas mi suerte.

El Señor se complace en los santos, en aquellos que guardan sus mandamientos y están atentos al menor de sus estatutos; se regocija en los que duermen pero que su corazón vela porque por las noches el Señor los aconseja hablándoles al oído y enseñándoles a su conciencia.

- 6 Las cuerdas me
cayeron en lugares
deleitosos,
y es hermosa la
heredad que me ha
tocado.
- 7 Bendeciré a Jehová
que me aconseja;
aun en las noches
me enseña mi
conciencia.
- 8 A Jehová he puesto
siempre delante de
mí;
porque está a mi
diestra, no seré
conmovido.
- 9 Se alegró por tanto mi
corazón, y se gozó
mi alma;
mi carne también
reposará
confiadamente;
- 10 porque no dejarás mi
alma en el Seol,
ni permitirás que
tu santo vea
corrupción.
- 11 Me mostrarás la senda
de la vida;
en tu presencia hay
plenitud de gozo;
delicias a tu diestra
para siempre.
- ¡Qué hermoso es ser despertado por el Señor en medio de la noche y ser instruidos por Él! ¡Qué maravilloso es sentir el corazón henchido de gratitud por su especial cuidado y por su salvación! ¡Qué seguridad se siente durante todo el día, al saber que uno vive constantemente bajo la gracia de un Dios omnipotente y omnisciente, quien además es amor!
- Quien pone al Señor delante de sí y permanece firme en sus principios, encuentra que en su *“presencia hay plenitud de gozo”* (vers. 11) y no tiene nada que temer, sino más bien, se alegra de corazón porque las cuerdas del pecado no tienen ya efecto sobre él, han caído *“y es hermosa la heredad que”* le *“ha tocado”* (vers. 6).
- Es maravillosa la experiencia de sentir que las cuerdas del pecado que lo tuvieron a uno maniatado por años se desintegran y caen porque el Hijo de Dios fue enviado a *“publicar libertad a los cautivos”* (Isaías 61:1), porque Él no vino *“para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él”* (Juan 3:17).
- El alma se goza en el conocimiento de la esperanza de la resurrección, en la certidumbre que la muerte es tan sólo un sueño, un descanso, una confiada espera de la voz del Señor quien *“con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”* (1 Tesalonicenses 4:16).
- Quien confía en el Dios de amor, quien acepta el sacrificio de su Hijo en el Calvario, quien confiesa su culpa y, por el poder de la gracia divina obrando en su corazón y su conciencia, abandona el pecado, no permanecerá en la tumba cuando el Hijo del hombre descienda en las nubes de los cielos.
- El Señor Jesús, quien declaró: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”* (Juan 14:6), bajó a esta tierra y anduvo en verdad para mostrarnos el camino de la vida eterna donde encontraremos delicias a su *“diestra para siempre”* (vers. 11).
- Quiera Dios hacernos conscientes de que no hay bien fuera de Él.

SALMO

22

Este maravilloso salmo puede ser comparado con Isaías 53 ya que ambos tienen valor profético. Dios, en su infinita gracia, reveló a estos dos hombres, Isaías y David, su plan de redención mucho antes de que éste se cumpliera. David no era solamente dirigente del pueblo de Dios, un excelente poeta, sino también un profeta que tuvo el privilegio de predecir la pasión de Jesucristo. Cuando una persona consagra su vida totalmente a Dios, puede vivir experiencias maravillosas.

Antes de analizar este salmo, versículo por versículo, oremos para que no sea un estudio literario, sino que el mismo Espíritu que inspiró a David para que lo escribiera, obre también en nuestro corazón, para que podamos experimentar una profunda conversión al ver cuán alto precio pagó el Cielo por nuestra redención.

1 DIOS mío, Dios mío,
¿por qué me has
desamparado?
¿Por qué estás
tan lejos de mi
salvación,
y de las palabras de mi
clamor?

Con humildad reverente consideraremos esta tragedia que tiene un final feliz.

- *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Elí, Elí, ¿lama Sabactani? Mateo 27:46).*

Cuando el Cristo crucificado habló por cuarta vez, sintió profundamente el dolor de la separación de su Padre debido a los pecados del hombre que había tomado sobre sus hombros. El Dios santo no puede tener ninguna relación con el pecado, y cuando Cristo se volvió pecado por nosotros, el Padre apartó su rostro de Él. “*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él*” (2 Corintios 5:21). Jesucristo, el inmaculado Hijo de Dios, se transformó en el peor de los pecadores y debió morir en una terrible soledad, mientras las tinieblas cubrían la tierra. Había llegado al punto culminante del dolor, un sufrimiento que no era sólo corporal sino sobre todo psicológico. Con angustia de espíritu se dirige a Dios a quien bien conocía, de quien era el Hijo, y le hace una pregunta: “*¿Por qué?*”. ¿No sabía acaso por qué? ¿No sabemos nosotros por qué? ¿Hemos comprendido que gracias a esta separación tenemos nosotros la posibilidad de relacionarnos con nuestro Creador? ¿Hemos tomado conciencia que este

es el verdadero significado del vocablo *religión* (del latín *relegere* – volver a unir)? ¿Comprendemos que ser abandonados de Dios significa el fin de nuestra vida corporal y espiritual y es la experiencia más dolorosa que pueda tener un ser humano? Jesús, por causa nuestra y para nuestro beneficio, experimentó este abandono para que nosotros no tengamos que gustar la segunda muerte, sino para que podamos mantenernos en conexión constante con Dios.

- *¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?*

El plan de salvación debía completarse. Jesús, que siempre se presentaba ante el Padre con oración y súplicas, en la cruz no podía recibir ayuda alguna. Su pedido de ayuda no es sólo un grito, sino un clamor, la expresión del temor en medio de una terrible lucha contra la muerte. ¿Podemos imaginarnos lo que significa morir sin Dios? No sólo Jesús sufrió de manera indescriptible, sino también su Padre, quien estaba escondido en las tinieblas. Él debió escuchar ese clamor y, sin embargo, callar, solamente porque “*de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...*” (Juan 3:16). Realmente, para el hombre es imposible comprender los principios del cielo a menos que sea iluminado por el Espíritu Santo. El amor de Dios no tiene un ápice de egoísmo. El amor, como lo entiende Dios, es abnegación que lleva hasta la muerte.

2 Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo.

- *Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo.*

Como ya lo había hecho muchas veces, en momentos de gran desesperación Jesús implora al Padre día y noche, pero ahora debe beber el cáliz, pagar nuestra deuda para con el cielo, sin que nadie le ofrezca socorro.

3 Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.

- *Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.*

Bien sabe ya por qué no puede tener comunión con el Padre santo. Jesús no tenía el privilegio que tenemos nosotros, pecadores. Él no tenía ningún mediador, sino que Él mismo, por medio de su muerte, se transformó en

el Mediador de los hombres. El Dios santo, que vive en la gloria entre las alabanzas de los querubines, en nombre de la justicia, no lo podía librar de la muerte. Su vida era el precio que debía pagar por los hombres por los cuales se había ofrecido voluntariamente.

4 En ti esperaron
nuestros padres;
esperaron, y tú los
libraste.

• *En ti esperaron nuestros padres; esperaron y tú los libraste. Clamaron a ti y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados.*

5 Clamaron a ti, y fueron
librados;
confiaron en ti,
y no fueron
avergonzados.

El salmista recuerda la fidelidad de Dios con su pueblo, su gran compasión. Cuando un nuevo Faraón que no conocía a José ocupó el trono de Egipto, los israelitas, esclavos en el país de las pirámides y del Nilo, agobiados por el peso del trabajo “*gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos... Y oyó Dios el gemido de ellos...*” (Éxodo 2:23, 24). Jesús sabía que el Padre era fiel y siempre ayudó a los pecadores que creían en Él. Una esperanza viva basada en la fe es la garantía para recibir el auxilio del Todopoderoso. En el pasado, los pecados de los hijos de Dios eran perdonados en vista de la sangre que ahora sería derramada en el Calvario. Todos los sacrificios que los israelitas traían al templo eran una sombra del sacrificio de Cristo. El pecador que se acerca a Dios en nombre de Jesús, no será avergonzado, ya que “*Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio...*” (Hebreos 12:2).

6 Mas yo soy gusano, y
no hombre;
oprobio de los
hombres, y
despreciado del
pueblo.

• *Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.*

Sin mediador, sin abogado defensor, Jesús se transformó en un gusano, y como tal fue menospreciado y escarnecido por los hombres: “*Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos*” (Isaías 53:3). Job había dicho ya: “*¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer? He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos; ¿cuánto menos el hombre que es un gusano, y el hijo de hombre, también gusano?*” (Job 25: 4-6). Esta es la condición del hombre en su estado natural, después que cayó en el pecado. Se arrastra por la tierra sin la menor posibilidad de alzarse. Pero, debido a que

Jesús se transformó en gusano cuando tomó la naturaleza humana con toda su pecaminosidad sobre sí, se le dio al hombre la posibilidad de ser una mariposa, si se somete a ese maravilloso y misterioso proceso de metamorfosis tan claramente descrito en Romanos 12:2: *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos [en griego: “metamorfono”] por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*. Si hemos experimentado el amor de Dios, si hemos sentido el alivio de que nuestros pecados han sido perdonados, si hemos nacido de nuevo, si nos conocemos a nosotros mismos y hemos recibido el gran don de ver las cosas como las ve Dios; si tenemos sed de su justicia, una justicia que es mayor que la de los fariseos, nos someteremos voluntariamente a Él y –como el gusano que se esconde en un capullo hasta que se transforma, por la gracia divina, en una crisálida– nos esconderemos en Cristo esperando el momento en que nos regale alas para cumplir con su santa voluntad.

Es triste ver cómo el hombre, en su condición de gusano, menosprecia a otros que tienen su misma naturaleza, a pesar de que las Sagradas Escrituras nos advierten: *“Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo”* (Romanos 2:1). Sin embargo, los que han sido liberados por Cristo –los que han sufrido esa metamorfosis y como la mariposa vuelan a una cierta distancia de la tierra y se alimentan del néctar de su Palabra–, ven a los hombres, esclavos del pecado, con misericordia. Aunque Cristo en la cruz, en su naturaleza humana, se transformó en gusano al llevar sobre sí los pecados de los hombres –lo que llevó a la separación del Padre, su naturaleza divina, escondida en lo más íntimo de su ser–, todavía oraba por los pecadores y pedía al Padre que perdonara a sus verdugos por que no sabían lo que hacían. Ese gran amor del Redentor de la humanidad tocó el corazón de uno de los malhechores en la cruz quien se convenció que se trataba del Hijo de Dios, sin necesidad de que Jesús pronunciara un sermón. Aquí vemos que los actos tienen un efecto mayor que las palabras. ¡Cuán maravilloso es el plan de salvación! ¡Qué pequeños e insignificantes nos sentimos cuando, por medio de su gracia, podemos vislumbrar algo de su gloria! Solamente entonces podremos

hacer lo que hizo Job: ponernos la mano sobre la boca al comprender lo “viles” que somos (Job 40:4) y aceptaremos el consejo del salmista: “*Guarda silencio ante Jehová, y espera en Él*” (Salmo 37:7).

- 7 Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo:
- *Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza.*
- Estas son dos manifestaciones corporales que son usadas universalmente para expresar rechazo y menosprecio. El cumplimiento de esta profecía se encuentra descrito en Mateo 27:39: “*Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza*”.
- 8 Se encomendó a Jehová, libréle Él; sálvele, puesto que en Él se complacía.
- *Diciendo: Se encomendó a Jehová; libréle Él; sálvele, puesto que en Él se complacía.*
- Satanás había inspirado a sus adeptos a expresar brutalmente su odio y escarnio en las horas más difíciles de la pasión del Hijo de Dios: “*Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios*” (Mateo 27:43). ¡Qué terrible tentación! Jesús podía bajar de la cruz, pero no lo hizo porque nos amó. Qué ejemplo para nosotros que tan fácilmente caemos en tentación en lugar de hacer uso del poder divino que está a nuestra disposición para luchar contra el pecado.
- 9 Pero tú eres el que me sacó del vientre; el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre.
- *Pero tú eres el que me sacó del vientre; el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre. Sobre ti fui echado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.*
- Desde su nacimiento hasta su muerte, Jesús vivió en estrecha comunión con su Padre. El papel que desempeñó su madre en su educación fue de suma importancia. Cuando un niño es instruido en el amor de Dios desde el regazo, tendrá confianza en el Señor durante toda su vida.
- 10 Sobre ti fui echado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.
- *No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude.*
- El clamor del Redentor muestra el profundo dolor de la separación. La muerte es una terrible realidad si se debe experimentar sin la ayuda divina.
- 11 No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude.

12 Me han rodeado
muchos toros;
fuertes toros de Basán
me han cercado.

• *Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente.*

13 Abrieron sobre mí su
boca
como león rapaz y
rugiente.

El desamparado Cordero de Dios, se ve rodeado de hombres que expresan su maldad como animales salvajes. El diablo, quien es descrito por el apóstol Pedro como “*un león rugiente*”, es quien incita a los hombres a cometer actos abominables.

14 He sido derramado
como aguas,
y todos mis huesos se
descoyuntaron;
mi corazón fue como
cera,
derritiéndose en medio
de mis entrañas.

• *He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas.*

Fue grande su decepción al ver que los hombres a los que había venido a salvar, habían elegido el camino del enemigo y rechazado la fuente de salvación. La angustia espiritual hace que el cuerpo se enferme. Esta condición de desesperanza es expresada con las mismas palabras en Josué 7:5: “*El corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua*”. Y en 2 Samuel 14:14, leemos: “*Porque de cierto morimos, y somos como agua derramadas por tierra*”.

15 Como un tiesto se secó
mi vigor,
y mi lengua se pegó a
mi paladar,
y me has puesto en el
polvo de la muerte.

• *Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte.*

Jesús no tenía otra cosa que esperar que la muerte. Tenía los labios hinchados y la lengua seca, y dijo algo: “*Tengo sed*” (Juan 19:28), pero, ¿qué recibió? “*Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca*” (Juan 19:29). Vinagre y un hisopo, acidez y amargura para Él que tenía palabras de esperanza, de paz y de vida; Él, que hacía dulces promesas; Él, el Creador de los mares y las fuentes de las aguas, tuvo sed y no se le dio ni siquiera un vaso de agua, sino vinagre, acidez, lo único que el hombre puede dar a su Dios sediento.

En algunos países el agua es un producto de lujo, pero nunca se le niega a una persona sedienta. Jesús ya había pedido agua una vez, cuando iba de Judea a Galilea y se detuvo junto a un pozo en Samaria. No sabemos si en esa ocasión recibió algo para beber, pero sí sabemos que

ganó un alma para su reino, y por medio de ella, muchas otras. Por medio de su actitud ante el menosprecio y el sufrimiento en la cruz, aumentó su cosecha y a último momento, antes que expirara, fue testigo del misterio de la conversión de muchas almas que se encontraban al pie de la cruz y que eran traspasadas como por una espada por esa conducta humilde y abnegada que tan sólo confirmaba la Palabra que decía que Él era la luz del mundo, la sal de la tierra, el pan de vida.

El hambre es más fácil de soportar que la sed. Una lengua seca que se pega al paladar es algo muy doloroso, pero Jesús soportó todo con paciencia y humildad porque en Getsemaní había muerto al yo y había bebido la copa con el castigo de los pecados de la humanidad.

16 Porque perros me han rodeado;
me ha cercado cuadrilla de malignos;
horadaron mis manos y mis pies.

- *Porque perros me han rodeado; me han cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y pies.*

Dos tipos de personas había al pie de la cruz: los que observaban todo desde lejos y sus corazones estaban llenos de compasión y dolor, y los que activamente ejecutaban los dictados de Satanás. Grandes clavos traspasaron sus manos y pies para inmovilizarlo en la cruz. Las señales de esos clavos los llevará por la eternidad y es lo que le muestra al Padre cuando intercede por nosotros en el templo celestial. No eran hombres los que cometieron esos actos, sino “perros”, “toros”, el hombre en su naturaleza animal.

17 Contar puedo todos mis huesos;
entre tanto, ellos me miran y me observan.

- *Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan.*

Jesús estaba delgado, enjuto, había conducido una vida de oración y ayuno que le había dado fuerza y coraje para soportar la cruz, pues sin oración y sin ayuno no hay fuerza.

18 Repartieron entre sí mis vestidos,
y sobre mi ropa echaron suertes.

- *Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.*

Los juegos de azar estaban a la orden del día entre los romanos, y los soldados que estaban sentados al pie de la cruz, echaban los dados para ver quién se quedaría con el manto del Redentor del mundo. Pero lo que estaba

sucediendo en la cruz no era un juego de azar, sino el cumplimiento del maravilloso plan de salvación que había sido concebido aun antes de la creación del mundo. Indiferentes, sin darse cuenta del gran significado del acontecimiento en el Gólgota, sin comprender qué gran oferta significaba para ellos ese sacrificio extraordinario del Hijo de Dios, los soldados jugaban y probaban su suerte, para conservar un recuerdo de ese gran hombre.

Cuántas personas hoy en día buscan cosas que les recuerden ese inolvidable acontecimiento, y suben de rodillas las que se dice son las escaleras del palacio de Pilato; presentan reverencia en alguna exposición, en alguna gran ciudad, ante lo que se exhibe como la mortaja de Jesús; llevan amuletos que creen son trozos de la cruz, y adoran cosas inanimadas, y de esa manera, aunque tienen el privilegio de ser soldados de Cristo, evitan llevar la cruz y no difieren de los soldados que hacían de su vida un juego de azar en lugar de aferrarse a la cruz como su única salvación.

La túnica de Cristo, de una sola pieza, no podía ser rasgada, sino que debía ser la posesión de una persona; pero Jesucristo puede ser poseído por todos y cada uno de nosotros. El drama del hombre es que le es mucho más fácil cumplir con ciertos ritos y formalismos que tener una conexión viva con su Creador y Redentor, simplemente porque los ritos no exigen nada, pero el Señor requiere que sacrifiquemos nuestro yo, dejemos de lado nuestro egoísmo y carguemos una cruz. El núcleo de la tragedia es el no comprender el sentido la verdadera libertad.

Es por ello que se encuentran muchas personas que, como recuerdo de lo que sucedió en el Gólgota, llevan una cruz al cuello, se arrodillan ante altares que han construido en sus hogares, pero muy pocos realmente toman la cruz y siguen al Cordero.

En Juan 19:23, 24, leemos sobre el cumplimiento de esta profecía: *“Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será”*. Poseer la túnica de Jesucristo es el deseo de cada cristiano, pues sin estar revestidos con su justicia no podemos ser salvos. Una persona que reconoce su propia

condición, que ha caído sobre la Roca, que no se cubre con hojas de higuera como Adán y Eva para tapar su vergüenza, sino que acepta las vestiduras de salvación que le ofrece el Señor, tratará siempre de vivir bajo su protección y, como Rut, dirá: “*Extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano*” (Rut 3:9). Sí, Jesús es nuestro pariente cercano, Él nos llamó sus hermanos, y al haber sido adoptados por el Padre celestial de quien Él es el Hijo, somos, en efecto, sus hermanos. ¡Qué honor más grande! ¡Qué privilegio: Hijos de Dios, coherederos de su reino!

Vestidos con el manto de Cristo uno siente calidez, gozo, paz, seguridad, y cada vez que sucede algo que lo toma a uno desprevenido y lo tienta a hacer uso de su justicia propia –la cual sabe que tan sólo es “*un trapo de inmundicia*” (Isaías 64:6) y cae en la tentación, pronto, con dolor–, en lo más recóndito de su ser, se pregunta: “*Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir?*” (Cantares 5:3). Permanecemos siempre desnudos ante el Señor dependiendo de que nos cubra con su misericordia.

19 Mas tú, Jehová, no te alejes;
fortaleza mía,
apresúrate a socorrerme.

- *Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme.*

Repite su súplica: “*No te alejes*” (vers. 11). Jesús sabe que mientras el Padre esté cerca de Él, podrá soportar todo, pues el Señor es su fortaleza. Por ello implora: “*Apresúrate a socorrerme*”.

¿Hemos confiado en el Señor aun en las horas más oscuras de nuestra vida, y le hemos suplicado que se apresure a socorrernos? ¿Hemos pensado alguna vez que la ayuda que podemos pedir y recibir es sólo posible porque Jesús en la cruz no recibió ninguna ayuda de Dios Padre, porque ese grito, ese clamor de sus últimas horas de sufrimiento no recibió ninguna respuesta? ¿Por qué no ruedan las lágrimas por mis mejillas y no tengo un nudo en la garganta mientras el Espíritu me inspira estos pensamientos? Seguramente porque el Señor tiene todavía una gran obra que hacer en mi alma. Debo implorar que me dé paciencia para permanecer envuelta en su manto de justicia, para esperar que limpie el camino, para que Él llegue a ser el Rey de mi corazón. Oh maravilla de la misericordia divina, que puedo esperar esto, porque la profecía de este maravilloso salmo se cumplió.

20 Libra de la espada mi alma,
del poder del perro mi vida.

• *Libra de la espada mi alma, del poder del perro mi vida. Sálvame de la boca del león, y líbrame de los cuernos de los búfalos.*

21 Sálvame de la boca del león,
y líbrame de los cuernos de los búfalos.

Una vez más los hombres aparecen en la escena en su naturaleza animal, reunidos alrededor de la cruz, y ponen a prueba su paciencia. En un momento Jesús podía con una sola mirada, con un movimiento de su mano, poner fin a ese terrible tratamiento que recibía de parte de los hombres, porque por debajo de su apariencia humilde y desvalida, aún era el Dios Todopoderoso. La soledad y el abandono pueden conducir a acciones que uno puede lamentar más tarde, por ello Él dice: “*Libra de la espada mi alma*”. Él mismo había enseñado a sus discípulos: “*No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*” (Mateo 10:28). Ahora llegó el momento en que tenía que poner en práctica sus enseñanzas. Su cuerpo fue muerto para que no sólo su alma, sino la de toda la humanidad pudiera ser salva ya que “*el alma que pecare, esa morirá*” (Ezequiel 18:20). Jesús no quiso pecar, si hubiese usado su poder divino para destruir a los “*leones*”, “*perros*” y “*búfalos*”, toda la humanidad se hubiera perdido. ¿Cómo podemos comprender la maravilla de este sacrificio con nuestra mente finita? Solamente podemos aceptarlo por medio de la fe y pedirle al Señor que abra nuestro entendimiento para que podamos ver los rayos de gloria que irradian del sacrificio en la cruz.

El león rugiente, la serpiente antigua, el dragón, Satanás, no pudo dominar su envidia y se rebeló contra Dios en el cielo. Arrojado de allí, concentró toda su maldad en las criaturas que eran más débiles que él, y quería impedir que el Salvador del mundo, que había tomado la naturaleza humana y, por lo tanto, era más débil que él, no cumpliera con su plan de redención; pero nada puede contra lo que fue profetizado ya a la primera pareja: “*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar*” (Génesis 3:15). Esta profecía se cumplió en la cruz. Hoy luchamos contra un enemigo que ya ha sido derrotado; lo que ahora debemos vencer es nuestro yo, y eso se hace posible solamente por medio del poder que viene de la cruz.

- 22 Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré.
- *Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré.*
- De pronto cambia el tema del salmo. Del sufrimiento y el dolor de una terrible lucha con la muerte, del odio del enemigo que parece triunfar, entramos en una escena de gozo y alabanzas. Esta segunda parte no puede estar separada de la primera ya que es el resultado de la misma, del sacrificio de nuestro Redentor en la cruz. El nombre del Señor será anunciado, predicado; nadie que haya tenido una experiencia con la cruz puede callar, sino que ve al mundo entero como un enorme campo misionero y a toda la humanidad como a sus hermanos que debe salvar, pues “*de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra*” (Hechos 17:26).
- 23 Los que teméis a Jehová, alabadle; glorificadle, descendencia toda de Jacob, y temedle vosotros, descendencia toda de Israel.
- *Los que teméis a Jehová, alabadle; glorificadle, descendencia toda de Jacob, y temedle vosotros, descendencia toda de Israel.*
- Todos los que pertenecen al Israel espiritual, los que han meditado y aceptado el sacrificio de Jesús en la cruz y cuyos corazones están henchidos de gratitud, alabarán y glorificarán al Señor porque sus nombres han sido cambiados, como el de Jacob, de impostor a vencedor con Dios.
- 24 Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a Él, le oyó.
- *Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a Él, lo oyó.*
- Un Dios que se ocupa de la criatura más vil, que acepta al hombre en su condición miserable y lo saca de ella y lo eleva; que está atento a las necesidades de los hombres y que oye su clamor y viene en su ayuda, merece el honor y la adoración.
- 25 De ti será mi alabanza en la gran congregación; mis votos pagaré delante de los que le temen.
- *De ti será mi alabanza en la gran congregación; mis votos pagaré delante de los que le temen.*
- El amor de Dios une entre sí a las personas que le temen y lo adoran. Los votos del creyente son expresión de su

gratitud por la salvación que ha recibido, y por ser frutos de la fe, aunque se trate de sacrificios, son cumplidos con gozo.

- 26 Comerán los humildes, y serán saciados; alabarán a Jehová los que le buscan; vivirá vuestro corazón para siempre.
- *Comerán los humildes, y serán saciados; alabarán a Jehová los que le buscan; vivirá vuestro corazón para siempre.*
- Aquellos que se humillan ante la poderosa mano de su Creador, porque son conscientes de que Él cuida de ellos, no hacen otra cosa que seguir el consejo que se encuentra en 1 Pedro 5:6, 7. Los que han puesto el reino de los cielos y su justicia ante todas las cosas, serán saciados, no les faltará el pan físico ni espiritual; alabarán al Señor constantemente porque tendrán una conexión vital y constante con Él: la Fuente de vida, de paz y de gozo.
- 27 Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti.
- *Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti.*
- El Evangelio, las buenas nuevas de salvación, el poder de Dios para salvar, debe ser “*predicado antes a todas las naciones*” (Marcos 13:10). Jesús, antes de ascender a los cielos, prometió a sus discípulos que les mandaría poder desde lo alto —el Espíritu Santo— para que fueran sus testigos “*en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*” (Hechos 1:8). Con el poder de Dios, porque está predicho: “*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu*” (Zacarías 4:6). Estas maravillosas nuevas de que la deuda de todo ser humano ha sido pagada y que éste tan sólo debe aceptarlo y conformar su vida a los principios del cielo, serán predicadas a todas las familias de la tierra.
- 28 Porque de Jehová es el reino, y Él regirá las naciones.
- *Porque de Jehová es el reino, y Él regirá las naciones.*
- Esa piedra que vio el rey Nabucodonosor en su sueño, que destruía la estatua y luego “*fue hecha [la piedra] un gran monte que llenó toda la tierra*” y que representa “*un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo*” (Daniel 2:35, 44), señala, en efecto, el reino eterno de Dios, su gobierno sobre todas las naciones.
- 29 Comerán y adorarán todos los poderosos
- *Comerán y adorarán todos los poderosos de la tierra; se postrarán delante de Él todos los que descienden*

de la tierra;
se postrarán delante
de Él todos los que
descienden al polvo,
aun el que no puede
conservar la vida a
su propia alma.

al polvo, aun el que no puede conservar la vida a su propia alma.

Está escrito: “*Ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios*” (Romanos 14:11). Cuando Jesús descienda por tercera vez a la tierra, acompañado por todos los santos (Zacarías 14:5) y establezca en ella la sede de su reino, resucitarán entonces los impíos, los que rechazaron la gracia divina y “*no pueden conservar la vida a su propia alma*”, que querrán atacar la ciudad, la nueva Jerusalén que desciende del cielo “*dispuesta como una esposa ataviada para su marido*” (Apocalipsis 20:9; 21:2), y antes de perecer para siempre, se cumplirá esta profecía y confesarán a Dios, postrados ante el “*gran trono blanco*” (Apocalipsis 20:11).

30 La posteridad le
servirá;
esto será contado de
Jehová hasta la
postrera generación.

- *La posteridad le servirá; esto será contado de Jehová hasta la postrera generación. Vendrán y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que Él hizo esto.*

31 Vendrán, y anunciarán
su justicia;
a pueblo no nacido
aún, anunciarán que
Él hizo esto.

Por la eternidad, los redimidos estarán a su servicio como sacerdotes y reyes en la nueva tierra. “*Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va*” porque “*fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero*” (Apocalipsis 14:4), y su mayor gozo será contar las experiencias de su gran liberación por medio de la poderosa mano del Dios de misericordia.

Quiera el Señor que formemos parte de ese remanente.

SALMO

42

1 COMO el ciervo brama
por las corrientes de
las aguas,
así clama por ti, oh
Dios, el alma mía.

2 Mi alma tiene sed de
Dios, del Dios vivo;
¿cuándo vendré, y me
presentaré delante de
Dios?

3 Fueron mis lágrimas mi
pan de día y de noche,
mientras me dicen todos
los días: ¿Dónde está
tu Dios?

4 Me acuerdo de estas
cosas, y derramo mi
alma dentro de mí;
de cómo yo fui con la
multitud,
y la conduje hasta la
casa de Dios,
entre voces de alegría
y de alabanza del
pueblo en fiesta.

5 ¿Por qué te abates, oh
alma mía,
y te turbas dentro de mí?
Espera en Dios; porque
aún he de alabarle,
salvación mía y Dios
mío.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6), fue una de las bendiciones que impartió Jesús en el Sermón del Monte. Quien ha experimentado la justicia de los hombres, quien es consciente de que su propia justicia no es más que un *“trapo de inmundicia”* (Isaías 64:6) —vive hastiado de su naturaleza carnal que, aunque se esfuerza por mantener crucificada, siempre busca la forma de manifestarse—, ansía la justicia divina, tiene sed del Dios vivo, la base de cuyo trono es justicia y juicio. Salmo 89:14.

Entonces, *“como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama”* su alma por Dios, su alma *“tiene sed de Dios, del Dios vivo”*. Ese clamor del alma es continuo, persistente, insistente y aunque puede pasar desapercibido a los demás, seguramente no es ignorado por Aquel a quien es dirigido, el Único que puede aplacar la sed de alma.

Pero para el hombre, Dios es siempre demasiado lento para contestar a sus súplicas, en cumplir sus promesas, e impacientemente pregunta: *“¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios? ¿Por qué te has olvidado de mí?”* (vers. 2, 9). No sentir la presencia de Dios lo llena de congoja y lo hace derramar lágrimas día y noche. En estos momentos de verdadera aflicción, en que el rey David se ve perseguido por sus enemigos que se burlan, diciéndole: *“¿Dónde está tu Dios?, recuerda cómo cuando líder político y espiritual de su pueblo éste lo conducía con alegría al templo del Señor; y seguramente viene también a su memoria aquel episodio que le costó el desprecio de su esposa, cuando transportaban el arca de Dios de Judá a Jerusalén: “Y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos”* (2 Samuel 6:5).

El salmista tiene un diálogo con su alma y trata de tranquilizarla diciéndoles que tenga paciencia y espere en Dios, a la vez que presenta al Señor su condición, y le dice: *“Dios mío, mi alma está abatida en mí”* (vers. 6).

- 6 Dios mío, mi alma está abatida en mí;
me acordaré, por tanto, de ti
desde tierra del Jordán,
y de los hermonitas, desde el monte de Mizar.
- 7 Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas;
todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí.
- 8 Pero de día mandaré Jehová su misericordia,
y de noche su cántico estará conmigo,
y mi oración al Dios de mi vida.
- 9 Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí?
¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?
- 10 Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan,
diciéndome cada día:
¿Dónde está tu Dios?
- 11 ¿Por qué te abates, oh alma mía,
y por qué te conturbas dentro de mí?
Espera en Dios; porque aún he de alabarle,
salvación mía y Dios mío.
- El alma, la mente del ser humano, no tiene sosiego; cientos de motivaciones exteriores la acicalan constantemente y a la vez, los recuerdos y experiencias pasadas, la llevan a pensar de una determinada manera que por lo general es parcial. Sólo la experiencia con Dios, el recuerdo de sus innumerables actos de amor, puede calmar las inquietudes del alma; y es sólo entonces cuando el salmista encuentra paz, meditando sobre la misericordia de Jehová que se renueva cada mañana, razón por la cual alaba su nombre con cánticos y ora a su Dios.
- Cuando una vez más su alma impaciente se pregunta por qué el Señor se ha olvidado de ella, el salmista le repite, con el fin de tranquilizarla: “*¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te conturbas dentro de mí?*”. Y le dice: “*Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío*” (vers. 11).
- Su determinación como individuo con derecho al pleno uso de su libre albedrío, es continuar alabando al Señor, esperando, pues Él es su Roca, su salvación, su Dios.
- ¿Es lo mismo para nosotros?

SALMO

62

1 EN Dios solamente
está acallada mi
alma;
de Él viene mi
salvación.

El alma humana, vendida al pecado, está desesperadamente perdida, condenada a muerte, ya que está escrito: *“El alma que pecare, esa morirá”* (Ezequiel 18:20). No hay paz ni gozo para un alma torturada por la idea de la muerte; no hay entretenimiento, conocimiento, placer, satisfacción alguna que pueda calmar sus inquietudes, acallar su clamor, ofrecerle seguridad, sino solamente la respuesta a su problema existencial, conocer la razón de su vida, encontrar la salvación en Dios por medio de su Hijo unigénito sacrificado por nuestros pecados, quien es su Roca.

2 Él solamente es mi
roca, y mi salvación;
es mi refugio, no
resbalaré mucho.

Ante un enemigo feroz que lo persigue constantemente con un numeroso ejército, David tranquiliza su alma diciéndole que repose en Dios quien es su esperanza y en quien está su gloria. Cada ser humano, aunque viva en el ambiente más favorable y carezca de enemigos declarados, es constantemente perseguido por el príncipe de las tinieblas y sus huestes, y sólo puede hallar refugio y descanso en la comunión con Dios.

3 ¿Hasta cuándo
maquinaréis contra
un hombre,
tratando todos
vosotros de
aplastarle
como pared
desplomada y como
cerca derribada?

El hombre que ha sido defraudado aun por aquellos en los que más ha confiado, por los que más ha querido, confía sólo en Dios; Él es su esperanza, su refugio, su salvación y espera *“en Él en todo tiempo”* (vers. 8) mientras le abre su corazón con plena confianza, sabiendo que hay Alguien que lo comprende, que no lo juzga con dureza, que lo consuela y que lo puede ayudar.

4 Solamente consultan
para arrojarle de su
grandeza.
Aman la mentira;
con su boca bendicen,
pero maldicen en su
corazón.
(Selah)

En un mundo donde reina el engaño, la mentira, la hipocresía; en que los hombres *“con su boca bendicen, pero maldicen en su corazón”* (vers. 4); en que la vanidad es la única motivación en el corazón del hombre y cuando éste es pesado en la balanza de Dios, es *“menos que nada”* (vers. 9), no puede haber paz ni felicidad.

5 Alma mía, en Dios
solamente reposa,
porque de Él es mi
esperanza.

“En Dios está mi salvación y mi gloria” (vers. 7). Si bien el hombre puede disfrutar de renombre, contar con el respeto y la admiración de su prójimo, Dios no puede ser engañado; Él mira en su corazón, juzga los motivos y finalmente pagará a cada uno *“conforme a su obra”*

- (vers. 12). La gloria del mundo es efímera, frágil como una burbuja de jabón; sólo podemos gloriarnos en el amor y la misericordia de Dios, gloriarnos de nuestras debilidades porque en ellas se manifiesta el poder de Cristo; sólo podemos gloriarnos *“en la esperanza de la gloria de Dios”* (Romanos 5:2).
- 6 Él solamente es mi roca y mi salvación.
Es mi refugio, no resbalaré.
- 7 En Dios está mi salvación y mi gloria;
en Dios está mi roca fuerte, y mi refugio.
- 8 Esperad en Él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de Él vuestro corazón:
Dios es nuestro refugio. (Selah)
- 9 Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres,
mentira los hijos de varón;
pesándolos a todos igualmente en la balanza,
serán menos que nada.
- 10 No confiéis en la violencia,
ni en la rapiña; no os envanezcáis;
si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ella.
- Muchos consejos sabios da el salmista: *“No confiéis en la violencia ni en la rapiña”*; *“no os envanezcáis”*; *“si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”* (vers. 10).
- Sólo el cumplimiento de la Ley de Dios puede asegurar la justicia y la paz interna y externa. La agresividad, la violencia –resultado de la justicia del hombre–, no llevan a nada bueno, sino más bien a la destrucción y la ruina. *“El conocimiento envanece, pero el amor edifica”* (1 Corintios 8:1). La vanidad es una manifestación de egoísmo, de orgullo, y el que se deleita en la gloria de este mundo persigue la aprobación y admiración de los hombres que obtiene por distintos medios, uno de ellos el conocimiento. Vivimos es una sociedad competitiva en la que cuanto más se sabe, más posibilidades se tienen de triunfar, de ascender en la escala social; pero también se dice de nuestra época que el amor de muchos se ha enfriado. La vanidad basada en el egocentrismo es diametralmente opuesta al amor, que es lo único que realmente edifica y forma un carácter apto para vivir en la presencia de Dios.
- Por otra parte, el amor al dinero es la *“raíz de todos los males”* (1 Timoteo 6:10), por eso Jesús dijo: *“... haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (Lucas 12:33, 34). Y en los proverbios hay una súplica: *“... No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario; no sea que me sacie y te niegue...”* (Proverbios 30:8). El sabio Salomón confirma todo esto haciendo la siguiente declaración: *“El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad”* (Eclesiastés 5:10), y más adelante reconoce que el dinero es *“escudo”*, pero *“la sabiduría excede, en que da vida a sus poseedores”* (Eclesiastés 7:12). No en vano dijo Jesús, cuando el joven

rico se negó a vender sus posesiones y repartir sus bienes con los pobres: “... *difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos*” (Mateo 19:23).

Cuando Job, un hombre a quien el Señor había dado muchos dones –entre ellos riqueza que ponía al servicio del prójimo–, perdió todo, su comentario abnegado fue: “*Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito*” (Job 1:21). Las palabras de Timoteo, el hijo espiritual del apóstol Pablo, dichas siglos más tarde, no difieren en nada de éstas: “*Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar*” (1 Timoteo 6:6, 7). Ya había dicho su padre espiritual, el apóstol de los gentiles: “*Sé vivir humildemente, y sé tener en abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad*” (Filipenses 4:12).

- 11 Una vez habló Dios; Aunque pareciera que hay poder en el dinero –y ciertamente dos veces he oído esto: lo hay–, a Dios le pertenecen la plata y el oro (Hageo 2:8), Que de Dios es el poder, es decir, que las riquezas son también un don que Dios concede a los hombres con un solo fin: que sean puestas al servicio de los demás y, por consiguiente, de su Creador.
- 12 y tuya, oh Señor, es la Indudablemente, “*de Dios es el poder*” (vers. 11), y misericordia; también del Señor “*es la misericordia*” (vers. 12). porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.

COMENTARIO

SALMO

73

1 CIERTAMENTE es
bueno Dios para con
Israel,
para con los limpios de
corazón.

2 En cuanto a mí, casi se
deslizaron mis pies;
por poco resbalaron
mis pasos.

3 Porque tuve envidia de
los arrogantes,
viendo la prosperidad
de los impíos.

4 Porque no tienen
congojas por su
muerte,
pues su vigor está
entero.

5 No pasan trabajos
como los otros
mortales,
ni son azotados como
los demás hombres.

6 Por tanto, la soberbia
los corona;
se cubren de vestido
de violencia.

7 Los ojos se les saltan
de gordura;
logran con creces los
antojos del corazón.

Este maravilloso salmo hace referencia a un contraste visible entre los no creyentes y “*los limpios de corazón*” (vers. 1).

El salmista dice que por poco resbalaron sus pasos pues tenía envidia de los arrogantes, de la prosperidad de los impíos que no temen la muerte, que no pasan trabajo como los otros mortales, que viven en la abundancia, satisfacen todos sus deseos, no tienen temor de Dios y se hacen ricos sin ser turbados del mundo; mientras que los que han sido lavados y hechos inocentes por la sangre del Cordero, son azotados todo el día por duras pruebas.

Pero en el momento que por la fe entró en el santuario celestial, donde se lleva a cabo la intercesión por medio de nuestro Sumo Sacerdote y Salvador Jesucristo, y donde tiene lugar el juicio de los vivos y los muertos, entonces comprendió el fin que tendrían aquellos. Comprendió la bendición de caminar con el Señor, la seguridad que hay en aquel que da su corazón al Señor y se considera a sí mismo un torpe por sólo haber pensado que querría estar en el lugar de ellos. Reconoce ante el Señor: “*Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria*” (vers. 23, 24).

¡Qué maravilloso! El Señor lleva a sus hijos de la mano, quiere elevarlos a esferas más altas. En la vida del cristiano hay tres etapas: (1) La justificación, cuando con corazón contrito se presenta ante el Padre de misericordia, por medio de Jesucristo, y reconoce sus pecados que son inmediatamente perdonados; (2) la santificación que es un proceso que dura toda la vida y consiste en ir de la mano del Señor, dejarse enseñar por Él por medio de su Palabra y de las experiencias de la vida; y, (3) la glorificación, que tendrá lugar cuando seamos trasladados al Cielo para compartir la gloria de nuestro Padre.

Muchas veces, para limpiarnos del pecado, Dios se ve obligado a hacernos pasar por duras pruebas. David pide al Señor: “*Purifícame con hisopo y seré limpio*” (Salmo 51:7). El hisopo es una planta muy amarga y así son muchas de

- 8 Se mofan y hablan con maldad de hacer violencia; hablan con altanería. las experiencias por las que debemos pasar para llegar a formar un carácter cristiano. Pero un verdadero hijo de Dios conoce a su Padre y sabe que Él es amor; sufre sin murmurar y tiene gratitud en su corazón porque comprende que el Señor lo está preparando para el tercer estadio, cuando Cristo regrese con sus ángeles y nos lleve al Cielo a compartir su gloria. Allí recibiremos una corona de oro, una hoja de palmera y un arpa para alabar al Señor por la eternidad.
- 9 Ponen su boca contra el cielo, y su lengua pasea la tierra.
- 10 Por eso Dios hará volver a su pueblo aquí, y aguas en abundancia serán extraídas para ellos.
- Vale la pena que entremos en esta escuela. El Señor dio a la humanidad la facultad de elegir ya que creó al ser humano con libre albedrío y le mostró dos caminos: el de la vida y el de la muerte; el de la obediencia y el de la desobediencia; el del bien y el del mal: *“A los cielos y a la tierra llamo por testigos... que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida...”* (Deuteronomio 30:19). Dios es el Señor de la vida y no desea la muerte de ninguna de sus criaturas: *“Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis”* (Ezequiel 18:32).

El hombre tiene la tendencia a seguir sus propios pensamientos y sentimientos, en gran parte inspirados por el príncipe de las tinieblas, y así se aparta cada vez más de su Creador. El pueblo de Israel, su pueblo, cayó a menudo en la apostasía y la idolatría, cosas abominables a los ojos del Señor.

En un momento en que los pecados de los hijos de Dios habían llegado a un punto culminante, el profeta Elías, siguiendo instrucciones divinas, los reunió en la montaña y, después que presenciaron una grandiosa manifestación del poder de Dios, les preguntó: *“¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”* (1 Reyes 18:21). ¿Cuál fue la reacción del pueblo? Éste, *“no respondió palabra”*.

Qué triste es escoger a dioses de piedra y de madera, de plata o de oro que *“tienen boca mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen; manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta”* (Salmo 115:5-7).

Cuando Josué introdujo al pueblo de Israel en la tierra prometida, después de un peregrinaje de 40 años en el desierto en que Moisés tuvo que soportar sus quejas, murmuraciones y acusaciones, y en que se dieron a una ignominiosa idolatría, les dijo algo similar: *“Ahora pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién serváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová”* (Josué 24:14, 15).

Esta era la segunda generación; sólo dos hombres permanecían aún de la primera, la que salió de Egipto; dos hombres fieles en todo: Josué y Caleb. Los demás habían perecido como consecuencia de su pecado de rebelión contra Dios. Ahora, estos jóvenes que habían sido testigos de los milagros de Dios, descritos en forma maravillosa en el Salmo 78; que habían visto también las cosas abominables que sus antepasados habían hecho, se encontraban ante un momento decisivo: debían elegir a quién servir, si a los dioses de sus padres o a los de los pueblos vecinos.

- 11 Y dicen: ¿Cómo sabe Dios?
¿Y hay conocimiento en el Altísimo?

A menudo el hombre hereda una religión o una forma de religión de sus padres, y no la cuestiona; puede pasarse una vida entera asistiendo a ceremonias carentes de significado, incluso, haciendo sacrificios inútiles, pero no busca al verdadero Dios. Otras veces se deja influenciar por el medio ambiente, adopta las costumbres de quienes lo rodean y acaba haciendo de ciertas cosas o hábitos, sus ídolos. ¡Qué triste!

- 12 He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas.
- 13 Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón,
y lavado mis manos en inocencia;
- 14 Pues he sido azotado todo el día,
y castigado todas las mañanas.

Un día, cuando Jesús caminaba de Judea a Galilea, llegó a Samaria y allí encontró a una mujer sacando agua de un pozo. Como tenía sed, le pidió que le diera de beber y entabló una importante conversación con ella. La mujer trató de envolverlo en una discusión seudo-religiosa, preguntándole en qué templo debían adorar a Dios: en el de ellos o en el templo en Jerusalén; pero el Maestro no entró en controversia y le explicó lo que cuenta para Dios: *“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también*

- 15 Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría. En todas las épocas eso es lo que satisface al Padre, y Josué expresó lo mismo cuando dijo: “*Servidle con integridad y en verdad*” (Josué 24:14).
- 16 Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, La vida en esta tierra nos ha sido dada con un fin, y Pablo lo explica muy bien: “*Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros*” (Hechos 17:26, 27).
- 17 hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. David dice, en el Salmo 14: “*Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios*” (vers. 2). Pero, ¿qué encontró? Al necio, que dice “*en su corazón: No hay Dios*”; a los que “*se han corrompido y hacen obras abominables*” (vers. 1).
- 18 Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. El salmista, en el Salmo 73, al tener una visión del Santuario y ver que la base del trono de Dios es la justicia; que todos los seres humanos serán sometidos a juicio según su cumplimiento o transgresión de la ley moral, universal y eterna: los Diez Mandamientos, conservada en el arca del pacto, dice: “*Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas, tan torpe era yo que no entendía*” (vers. 21, 22). El no comprender el valor de nuestra vida, la libertad que tenemos de elegir el bien, el amor de Dios, su justicia, el significado de las pruebas que nos trae la vida, es torpeza. Dice, entonces, refiriéndose a los impíos –como son llamados los que no quieren saber nada de Dios y dicen: “*¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimiento en el Altísimo?*”–: “*Comprendí el fin de ellos*” (vers. 11, 17). Toma, por lo tanto, una decisión aún más firme; se pregunta a sí mismo: “*¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?*” Y agrega: “*Y fuera de ti nada deseo en la tierra*” (vers. 25). Quien ha experimentado el amor de Dios y el poder que emana del sacrificio hecho en la cruz para nuestra redención –el amor de Aquel que conoce a fondo la naturaleza humana–, no puede confiar en sí mismo o en sus semejantes, sino que hace de Dios su brazo de apoyo.
- 19 ¡Cómo han sido asolados de repente! Percieron, se consumieron de terrores.
- 20 Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despertares, menospreciarás su apariencia.
- 21 Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas.

Y luego, el salmista hace una declaración que quizás deberíamos memorizar todos los que queremos ser llamados

- 22 Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti. hijos del Dios vivo: *“Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre”* (73:26). El apóstol Pablo, siglos más tarde, y recordando las palabras que Jesús dijo a sus discípulos: *“La carne es débil”* (Marcos 14:38), las repite a los creyentes y les aconseja andar en el espíritu. Y sobre sí mismo, declara: *“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Romanos 8:38, 39). Sí, nuestra porción, como dice el salmista, debe ser Dios, para siempre. El incomprensible sacrificio en la cruz del Calvario nos hace vencedores sobre el mal que habita en nosotros, sobre el mundo, y sobre el mismo diablo que trata, con todo tipo de artimañas, de hacernos caer en tentación: *“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”* (vers. 37).
- 23 Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha.
- 24 Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria.
- 25 ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra.
- 26 Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.
- 27 Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta.
- 28 Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras.
- Al final del Salmo, el salmista concluye diciendo que los que se alejan de Dios perecerán, pero en cuanto a él, dice: *“el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas sus obras”* (73:28).
- Entonces, pongamos también nosotros nuestras esperanzas en el Señor. No juzguemos superficialmente y lleguemos al punto de envidiar a los que tienen todo fácil en esta vida, a los que tienen una engañosa felicidad, sino que alcemos nuestra mirada al Santuario y tomemos conciencia de que tiene lugar un juicio en el Cielo del que nadie puede escapar, ya sea que crea o no crea en Dios, y como Salomón dijo al final de su vida, digamos nosotros también: *“El fin de todo discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala”* (Eclesiastés 12:13, 14).
- ¿Qué contestaremos entonces a la pregunta del profeta Elías? ¿Iremos tras Baal o seguiremos a Jehová? O como pregunta Josué, ¿elegiremos los dioses de nuestros antepasados, aun si son falsos, o nos decidiremos por el Señor? Como personas prudentes, demos la misma respuesta que dio el líder del pueblo de Israel: *“Yo y mi casa serviremos a Jehová”* (Josué 24:15). Amén.

COMENTARIO

SALMO

85

Seis cosas ha hecho Dios que motivan al salmista a solicitarle aún mayores favores:

- 1. FUISTE propicio a tu tierra, oh Jehová; volviste la cautividad de Jacob.**

1 FUISTE propicio a tu tierra, oh Jehová; volviste la cautividad de Jacob.
- 2. Perdonaste la iniquidad de tu pueblo; todos los pecados de ellos cubriste. (Selah)**

2 Perdonaste la iniquidad de tu pueblo; todos los pecados de ellos cubriste. (Selah)
- 3. Reprimiste todo tu enojo; te apartaste del ardor de tu ira.**

3 Reprimiste todo tu enojo; te apartaste del ardor de tu ira.
- 1. Fue propicio a su tierra.** En abundancia bendijo el Señor la tierra donde moraba su pueblo mientras éste se mantuvo obediente. Les había prometido que los llevaría a una tierra donde fluiría leche y miel.
- 2. Volvió la cautividad de Jacob.** La descendencia de Jacob estuvo en el cautiverio en Egipto por muchos años, pero el Señor no olvidó su promesa y los libró por medio de una gran hazaña, usando como instrumento a Moisés, el hombre más humilde de la tierra.
- 3. Perdonó la iniquidad de su pueblo.** Atroces fueron los pecados que su pueblo llegó a cometer bajo la influencia de las naciones circundantes, pero el Señor, el Dios de misericordia, siempre está dispuesto a perdonar. El profeta Miqueas, dice: *“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia”*. Y con mucha seguridad, basado en su experiencia como integrante del pueblo de Dios, agrega: *“Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados”* (7:18, 19).
- 4. Cubrió todos los pecados de ellos.** El perdón de Dios es total y completo. No hay transgresión humana que escape a la posibilidad de ser perdonada por Dios por medio de la sangre de Cristo.
- 5. Reprimió todo su enojo.** Muchas veces el Señor se sintió decepcionado y traicionado por su pueblo a quien protegía como una gallina a sus polluelos, pero su ira era siempre moderada por la misericordia y tuvo mucha tolerancia antes de manifestarla.
- 6. Se apartó del ardor de su ira.** Contuvo sus emociones, hizo que la misericordia prevaleciera sobre la justicia.

Los pecados de Israel lo apartaban de Dios y de la salvación que había forjado para ellos por medio del sacrificio de su Hijo amado. La infidelidad y la desobediencia anulaban el pacto de Dios con su pueblo y encaminaban a éste por la vía de la apostasía y la perdición.

- 4 Restáuranos, oh Dios de nuestra salvación, y haz cesar tu ira de sobre nosotros. El salmista pide al *“Dios de nuestra salvación”* (vers. 4) que los restaure y haga cesar su ira. Lo mismo solicita David, en el Salmo 51:12: *“Vuélveme el gozo de tu salvación”*. Quien ha vivido una vez la experiencia de la reconciliación con Dios por medio de la preciosa sangre de Cristo; quien ha sentido la liberación de la culpa de sus pecados y gustado el gozo de la salvación, anhela no sólo esconderse, sino vivir todo momento de su vida bajo la sombra de sus alas. Salmo 17:8. Necesita saber a cada instante que está a salvo y vivir con la esperanza de la gloria que ha de compartir con su Señor por la eternidad.
- 5 ¿Estarás enojado contra nosotros para siempre? ¿Extenderás tu ira de generación en generación? El salmista, quien conoce a su Señor y tiene un diálogo amistoso con Él, hace algunas preguntas que encierran una petición: que retire su enojo y le devuelva el gozo de tener nuevamente vida espiritual, y acaba solicitando ver una vez más la misericordia divina, recibir el don de la salvación. No hay nada que el hombre pueda presentar a Dios para ser salvo; vive, crece, se mueve bajo la gracia, y la salvación es un don del cielo que al hombre no le cuesta nada, pero por la cual el Cielo pagó un alto precio.
- 6 ¿No volverás tú a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti? Misericordia es lo que cada enfermo físico o espiritual pedía a Jesús. El ciego, a la entrada de Jericó, exclamaba a voz en cuello: *“¿Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!”* (Lucas 18:38), y el Señor no ignoró su clamor. Pidamos, entonces, insistentemente, que disipe las tinieblas que nos rodean para que podamos ver la luz que proviene de lo alto, del Sol de Justicia, de Jesucristo nuestro Redentor.
- 7 Muéstranos, oh Jehová, tu misericordia, y danos tu salvación. *“Escucharé lo que hablará Jehová Dios”* (vers. 8). El salmista está dispuesto no sólo a hablar, sino a escuchar la voz de su Dios y poner atención a sus palabras que son palabras de paz que librarán al pueblo de la locura del pecado. Muchas personas hablan a Dios a diario, le presentan sus necesidades y sus quejas, pero pocas son las que esperan hasta oír su voz.
- 8 Escucharé lo que hablará Jehová Dios; porque hablará paz a su pueblo y a sus santos, para que no se vuelvan a la locura.

El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y quien es sabio para aceptar el maravilloso plan de salvación forjado desde antes de la creación del mundo, siente la presencia de Dios en su vida.

9 Ciertamente cercana
está su salvación
a los que le temen,
para que habite la
gloria en nuestra
tierra.

10 La misericordia
y la verdad se
encontraron;
la justicia y la paz se
besaron.

“La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (vers. 10). En esta escena se cumple una cita de amor fijada antes de la creación del mundo. En la cumbre del Gólgota, sobre una cruz de madera, tuvo lugar este solemne encuentro de la misericordia con la verdad. La verdad señalaba al hombre como culpable de robo, mentira, adulterio, asesinato, envidia, pero la misericordia tomó sobre sí misma la acusación y el castigo y con perfecta serenidad y humildad se echó sobre la tosca madera y extendió sus manos para que fuesen horadadas por enormes clavos. Entonces, la justicia, hermana gemela de la verdad, se sintió satisfecha, bajó su dedo acusador, dio un paso hacia la paz, y la besó.

La demanda de la justicia (la Ley) de que se castigue al culpable, se cumplió cuando la misericordia, el amor, Jesucristo mismo, se transformó en pecado y fue colgado en la cruz tomando el lugar del reo. Sí, la misericordia del Padre hacia el pecador ejerció la justicia sobre su Hijo unigénito para que nosotros podamos tener paz en el corazón al estar reconciliados con Dios. ¡Qué misterio insondable! ¡Cuán grande es el secreto del amor divino!

Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, el Creador de todas las cosas, el Legislador, se transformó en criatura, descendió a una posición inferior a la que tenían las criaturas que lo adoraban en el cielo (los ángeles) para pagar el gran precio que costaba nuestra redención del pecado: la muerte. Nadie más, excepto el mismo Dios, en la persona de su Hijo, podía pagar tal deuda. El Dador de la ley de justicia, para demostrar la infalibilidad de ésta, debía cumplir con su demanda.

Todos los habitantes del cielo y del universo se maravillaron cuando vieron a Aquel alzarse de su trono, renunciar a su gloria y bajar a la tierra para nacer en un establo, como un niño vulnerable, viviendo una vida simple, pobre, llena de abnegación, sacrificio y persecución, hasta transformarse en *“el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”*

(Juan 1:29) y descender a la tumba. Todo esto porque no podía disfrutar verdaderamente de la armonía de las cortes celestiales mientras supiese que alguna de sus amadas criaturas sufría víctima de sus pecados. *“El amor... no busca lo suyo... no se goza de la injusticia... Todo lo sufre...”* (1 Corintios 13:4-7).

El trono de Dios, cuya base es la justicia y el juicio –los cuales se ven expresados en la Ley escrita por el dedo de Dios y que se encuentra en el arca del pacto–, está rodeado por el arco iris (Apocalipsis 4:3), la multicolor y multifacética expresión de la misericordia, del mismo modo que el arca del pacto está cubierta por el propiciatorio de oro (Éxodo 25:17), símbolo del trono de la gracia.

Sí, por encima de la justicia de la Ley se encuentra la gracia; por encima del juicio del Rey que está sentado en el trono, se encuentra la misericordia, pero ni la una ni la otra abrogan la Ley, sino que las dos, al mismo tiempo, la confirman mientras que neutralizan su fuerza. La misericordia lo hace al pagar la pena: *“...no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo...”* (1 Pedro 1:18, 19), porque *“sin derramamiento de sangre no se hace remisión”* (Hebreos 9:22). Y la gracia nos invita a los pecadores a salir de nuestro escondite y acercarnos *“confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (Hebreos 4:16).

Sí, *“la justicia y la paz se besaron”* (Salmo 85:10), y en este beso del cielo y la tierra se unieron para siempre; el abismo que el pecado había abierto entre el Creador y sus criaturas se cerró cuando la justicia vio fluir sangre de las llagas abiertas del Dios crucificado transformado en pecado por nosotros: *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”* (2 Corintios 5:21), y quedó satisfecha.

- 11 La verdad brotará de la tierra,
y la justicia mirará desde los cielos.
- “La justicia mirará desde los cielos”* (Salmo 85:11). No hay justicia en la tierra, pero la justicia divina está atenta a las acciones de los hombres. Desea ver si ese sacrificio de amor, si esa gran deuda pagada por la misericordia ha sido aceptada, valorada, emulada. Dios dio su Palabra a la humanidad por medio de sus instrumentos elegidos,

- con el fin de instruir al hombre en justicia a fin de que sea perfecto, “*enteramente preparado para toda obra buena*” (2 Timoteo 3:17), y observa desde lo alto si el hombre camina por el sendero de la justicia. La justicia tiene un fruto muy preciado: la paz, que el hombre, en todas las épocas, se afana por alcanzar, pero que sólo se obtiene con la práctica de la justicia, pues su Palabra dice: “*Mucha paz tienen los que aman tu ley*” (Salmo 119:165).
- 12 Jehová dará también el bien,
y nuestra tierra dará su fruto.
- 13 La justicia irá delante de Él,
y sus pasos nos pondrá por camino.
- Quiera el Señor ayudarnos a aborrecer de tal manera el pecado que nos lleve a dejarlo en la cruz donde ha sido condenado a muerte para que podamos caminar por el camino de justicia que nos pone por delante y gozar de su paz; y nos regale tal amor por nuestros semejantes que nos encuentre dispuestos a dar nuestra vida por ellos. Amén.

SALMO

91

1 EL que habita al
abrigo del Altísimo
morará bajo la sombra
del Omnipotente.

2 Diré yo a Jehová:
Esperanza mía, y
castillo mío;
mi Dios, en quien
confiaré.

3 Él te librará del lazo
del cazador,
de la peste destructora.

4 Con sus plumas te
cubrirá,
y debajo de sus alas
estarás seguro;
escudo y adarga es su
verdad.

5 No temerás el terror
nocturno,
ni saeta que vuela de
día,

6 ni pestilencia que ande
en oscuridad,
ni mortandad que
en medio del día
destruya.

7 Caerán á tu lado mil,
y diez mil á tu diestra;
mas á ti no llegará.

Una hermosa promesa da inicio a este salmo: *“El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente”* (vers. 1). Una cosa es consecuencia de la otra. La sombra del Omnipotente, quien mora en las alturas, es garantía de protección, de perfecta paz. Él todo lo puede, su poder es infinito, y siempre está dispuesto a usarlo para el beneficio de los que lo aman.

El hombre encuentra en Él su esperanza y su castillo. La esperanza es la hija adoptiva de la fe; en efecto, es el fruto de ésta. Quien pone su esperanza en Dios, nunca se verá defraudado. El sabio Salomón nos aconseja: *“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia”* (Proverbios 3:5). Un castillo es una fortaleza que sirve de protección a los que en ella se refugian de los ataques del enemigo. En este mundo, los hijos de Dios vivimos en territorio enemigo y necesitamos ese castillo, esa fortaleza, esa ciudad de refugio que es nuestro Dios. Sabe bien el salmista el tipo de protección que puede encontrar al morar bajo la sombra del Omnipotente.

El hombre, en este mundo regido por las fuerzas del mal, es como una presa asustada a la vista del cazador; corre despavorido buscando dónde esconderse para no caer víctima de aquél que anda como león rugiente buscando a quien devorar. 1 Pedro 5:8.

Quien busca refugio en su Dios, como los polluelos debajo de las tibias alas de su madre, en lugar de esconderse entre las matas y tratar de cubrir su desnudez con hojas de higuera no temerá *“el terror nocturno, ni saeta que vuela de día”* (vers. 5). Los dardos del enemigo están siempre dirigidos a los hijos de Dios, pero quien se viste de la coraza divina, no olvidando ninguna de sus partes (Efesios 6:13-17), saldrá victorioso de las pruebas más difíciles y se mantendrá intacto en medio de las pestes y de la mortandad. Es más, verá caer a su lado a miles, pero a él no lo tocará el mal. Las pestes, el hambre, la mortandad, son los juicios de Dios sobre la tierra, un estado de alarma, un llamado al arrepentimiento, una invitación a que los hombres se vuelvan a su Creador con corazón contrito.

- 8 Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos.
- 9 Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación,
- 10 no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada.
- 11 Pues a sus ángeles mandará acerca de ti que te guarden en todos tus caminos.
- 12 En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra.

“Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos” (vers. 8). Los hijos de Dios serán testigos de la recompensa de los impíos y de esta manera más conscientes de la gracia que los protege. La fe y la esperanza del hombre se ven ricamente recompensadas por el Dios de amor. Quien se esconde en su Señor, quien pone al Altísimo por su habitación (vers. 9), quien construye su casa sobre la Roca que es Jesucristo nuestro Señor, puede afrontar las tempestades más furiosas y mantenerse incólume. La promesa del Señor para sus hijos es: *“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”* (Mateo 6:31, 33). Aun en los días de hambre y persecución les promete: *“... fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas serán seguras”* (Isaías 33:16).

“El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34:7). Los ángeles son nada menos que *“espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación”* (Hebreos 1:14); seres celestiales, perfectos en su pureza y obediencia a Dios, puestos al servicio de los hombres. ¡Oh, misterio de la gracia divina!

Cada ser humano, desde su nacimiento hasta su muerte, cuenta con un ángel guardián; uno de estos seres celestiales y santos le es asignado exclusivamente para que le sirva de protección y guía, *“... sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”* (Mateo 18:10).

Se cuenta la historia de un hombre que había creído en la promesa del Señor de que estaría a su lado en los momentos más tenebrosos de su vida, pero cuando le tocó pasar por grandes dificultades y a solas caminaba por el sendero desierto de un mundo hostil y cruel, vio, con gran desazón, que sobre la arena quedaban solamente las huellas de un par de pies desnudos. Con gran dolor y desconsuelo se dirigió a quien había sido hasta entonces objeto de su confianza y le recordó su promesa. El Señor le contestó: *“Las huellas que ves son las de mis pies, pues a ti te llevo en los brazos”*. No debemos medir la fidelidad del Señor con metro humano. El que es llamado *“el testigo fiel y verdadero”* (Apocalipsis 3:14) no nos decepcionará jamás.

13 Sobre el león y el
áspid pisarás;
hollarás al cachorro
del león y al dragón.

“Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón” (vers. 13). No hay fuerza que no claudique ante el poder del Omnipotente que es otorgado a cada uno de sus hijos por medio de la fe. Jesús, cuando reunió a sus discípulos *“les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia”* (Mateo 10:1). El último enemigo que será derrotado y aniquilado por la fuerza de la gracia divina será Satanás, la serpiente antigua, el dragón, cuya última aparición será como ángel de luz para engañar al mundo, y a los escogidos si le fuera posible. ¿Por qué tal protección divina, tal despliegue de su gracia? *“Por cuanto en mí ha puesto su amor”* (vers. 14). El amor del hombre es un pálido reflejo del amor de Dios. *“En esto consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros...”* (1 Juan 4:10); le amamos porque Él nos amó primero y ese amor se ve recompensado en forma superlativa. Aun cuando el hombre pasa por duras prueba, si ama a Dios, debe creer firmemente en la promesa: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”* (Romanos 8:28).

15 Me invocará, y yo le
responderé;
con él estaré yo en la
angustia;
lo libraré, y le
glorificaré.

“Me invocará y yo le responderé” (vers. 15). *“Cercano está Jehová a todos los que le invocan”* (Salmo 145:18). El que confiese el nombre de Jesús en la tierra, Él confesará su nombre en el cielo; el que exalte a Dios y su Ley, será exaltado a su debido tiempo, no por los hombres, sino por el Rey del universo. El Señor promete que Él está junto al ser humano *“en la angustia; lo libraré y los glorificaré”* (vers. 15). El anhelo más elevado del hombre es el de ser glorificado junto a su Padre, pasar a formar parte de la familia celestial, no sólo espiritual sino físicamente; ser trasladado a los cielos y presentarse cada sábado ante el trono del Padre celestial para ver su rostro radiante de luz y de amor basándose en la promesa que se encuentra en Apocalipsis 22:3, 4: *“... y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes”*.

Antes que el hombre pueda ser glorificado y llevado a la presencia de Dios, debe ser santificado, limpio no sólo del pecado que mora en él, sino de su naturaleza pecaminosa; y antes de ello, justificado, es decir, debe reconocer y confesar sus pecados, arrepentirse y someterse al proceso de

16 Lo saciaré de larga
vida,
y le mostraré mi
salvación.

restauración. El Señor promete: *“Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación”* (vers. 16); esta es la promesa que hace en el quinto mandamiento a aquellos hijos que honran a sus padres: *“Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”* (Éxodo 20:12). ¡Cuánto más no se prolongarán los días del que honra a su Padre en los cielos! Mucho más, ya que vivirá por la eternidad, no en esta, sino en la nueva tierra, pues el Señor le mostrará el camino de la salvación.

Quiera Dios darnos tales experiencias con su gracia y su misericordia, que anhelemos habitar bajo su abrigo y morar bajo su sombra. Amén.

SALMO

103

1 BENDICE, alma mía, a
Jehová,
y bendiga todo mi ser su
santo nombre.

2 Bendice, alma mía, a
Jehová,
y no olvides ninguno de
sus beneficios.

3 Él es quien perdona todas
tus iniquidades,
el que sana todas tus
dolencias;

4 el que rescata del hoyo tu
vida,
el que te corona
de favores y
misericordias;

5 el que sacia de bien tu
boca
de modo que te
rejuvenezcas como el
águila.

6 Jehová es el que hace
justicia
y derecho a todos los que
padecen violencia.

7 Sus caminos notificó a
Moisés,
y a los hijos de Israel sus
obras.

El rey David, con sus aptitudes de poeta, eleva al cielo un canto de reconocimiento por los beneficios recibidos por su Dios, con la misma intensidad de sentimientos con la que le eleva sus plegarias y súplicas. Dialoga con su alma, recordándole lo que el Señor ha hecho por ella y le dice que bendiga a Jehová. Su espíritu, la parte más noble del hombre, bajo la influencia del Espíritu de Dios, está en control de David y gobierna su mente. El Señor quiere que se le adore *“en espíritu y en verdad”* (Juan 4:24) y así lo hace el rey de Israel.

La memoria es una de las facultades de la mente a la que David apela diciéndole que no olvide ninguno de los beneficios recibidos del Señor, quien perdona todas las iniquidades y sana sus dolencias, pues es misericordioso. David conoce bien la misericordia divina y en el Salmo 32 expresa su agradecimiento por el perdón de sus pecados.

El rey David, que fue perseguido a muerte por su rival, el rey Saúl, no tomó la justicia en sus propias manos, sino que temeroso de Dios y consciente de que la justicia de los hombres no es más que *“trapo de inmundicia”* (Isaías 64:6), aun cuando tuvo a su enemigo en sus manos *“no quiso extender su mano contra el ungido de Jehová”*, y dijo: *“Jehová pague a cada uno su justicia y su lealtad”* (1 Samuel 26:23); por eso declara en este salmo: *“Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia”* (vers. 6).

Recuerda el salmista los beneficios de Dios para con su pueblo –desde la época de la liberación del cautiverio egipcio–, de qué manera, el Dios de amor, *“engrandeció su misericordia”* (vers. 11). Como Creador del hombre que es, *“se acuerda de que somos polvo”* (vers. 14), y que la vida del hombre sobre la tierra es tan breve como el trayecto de una estrella fugaz, como la flor silvestre que hoy está y mañana perece (vers. 15, 16).

Al contrario del hombre, la misericordia y justicia de Dios son eternas *“sobre los que le temen”* y *“guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos*

- 8 Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia. *para ponerlos por obra”* (vers. 17, 18). Uno de estos mandamientos comienza precisamente con la palabra: *“Acuérdate”* (Éxodo 20:8), porque los hombres se han olvidado de él, a pesar de que Ezequiel (20:12) cita las palabras de Jehová: *“Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico”*. Sólo el hombre que es consciente de su condición, que reconoce que el Omnipotente es su Creador, que ha experimentado la misericordia divina, tiembla ante su justicia, se somete al poder de su amor con corazón grato y para él el sábado es una delicia.
- 9 No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. Dios, el Creador, es el Rey de reyes, el Soberano del universo, y todos los demás mundos que pueblan el espacio viven en armonía con su Ley. Soló la tierra cayó en manos del enemigo y por ello es un espectáculo al mundo (1 Corintios 4:9), y los habitantes de los planetas no caídos se alegran de su fidelidad al Soberano máximo, mientras lamentan por la tierra con ayes de dolor: *“¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con ira, sabiendo que tiene poco tiempo”* (Apocalipsis 12:12).
- 10 No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Tal misericordia y poder divinos son dignos de admiración y alabanza porque suyo *“es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”* (Mateo 6:13). Así es que el rey David –que sabe bien que ha sido ungido por orden divina y cuyo título de regente, su corona de oro, su palacio, sus muchos siervos y su ejército pronto a ejecutar sus órdenes no lo han envanecido, sino al contrario, el gran sentido de responsabilidad al saber que tiene en sus manos el destino del pueblo de Dios lo han hecho establecer una perfecta dependencia del Rey de reyes a quien consulta en cada momento–, invita a todas las criaturas en los cielos y en la tierra a unir sus alabanzas a su Creador, comenzando por los ángeles –las huestes celestiales que si bien son poderosos, ejecutan sus santas órdenes, como integrantes del ejército de Dios–, así como a *“todas sus obras, en todos los lugares de su señorío”* (vers. 22). Dios es el Creador del cielo y de la tierra, así que es digno de recibir la alabanza de todas su criaturas en todo el universo: *“Todo lo que respira alabe a JAH. Aleluya”*
- 11 Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen.
- 12 Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.
- 13 Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen.
- 14 Porque Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.
- 15 El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo.

16 Que pasó el viento por
ella, y pereció,
Y su lugar no la conoce
más.

(Salmo 150:6), son las palabras con las cuales concluyen los Salmos.

17 Mas la misericordia de
Jehová es desde la
eternidad
y hasta la eternidad sobre
los que le temen,
y su justicia sobre los
hijos de los hijos;

El hombre, cuya vida se debe al soplo del aliento divino en su nariz, debería, en cada respiro, alabar al Señor de quien depende su vida, y es sólo en esta comunión y dependencia que puede sentirse seguro, en paz y feliz.

18 sobre los que guardan su
pacto,
y los que se acuerdan de
sus mandamientos
para ponerlos por obra.

En nada nos beneficia que todos los ángeles le adoren y todos los hombres y las aves canten himnos de acción de gracia, si nosotros personalmente no expresamos nuestra gratitud recordando todas las misericordias del Señor, y es por eso que el salmista, que comenzó un diálogo con su alma, la invita por tercera vez a bendecir a Jehová.

¿Haces tú lo mismo?

19 Jehová estableció en los
cielos su trono,
y su reino domina sobre
todos.

20 Bendecid á Jehová,
vosotros sus ángeles,
poderosos en fortaleza,
que ejecutáis su palabra,
obedeciendo a la voz de
su precepto.

21 Bendecid a Jehová,
vosotros todos sus
ejércitos,
ministros suyos, que
hacéis su voluntad.

22 Bendecid a Jehová,
vosotras todas sus
obras,
en todos los lugares de su
señorío.
Bendice, alma mía a
Jehová.

COMENTARIO

SALMO

En este salmo, el autor expresa su admiración ante la sabiduría y el poder creativo de Dios.

139

1 OH Jehová, tú me has examinado y conocido.

- *“Oh, Jehová, tú me has examinado y conocido”* (vers. 1).

David comienza su diálogo con Dios sabiendo que Él lo conoce bien y puede leer en lo profundo de su alma. A Dios no le interesa una relación superficial, sino que escudriña a los hombres con el fin de saber cuáles son sus deseos, sus pensamientos, sus sueños, sus temores. No hace esto con el fin de castigar al hombre, sino para ayudarlo, para satisfacer sus deseos, si es que están en armonía con los suyos.

2 Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos.

- *“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos”* (vers. 2).

En cualquier posición o situación en que nos encontremos, el Señor lo sabe. Se interesa por nosotros de tal manera que no escapa a su vista ningún detalle de nuestra vida. No sólo puede leer nuestros pensamientos, sino que Él mismo los puede inspirar. Es maravilloso saber que el Dios Omnipotente se ocupa de nosotros y está a nuestro lado. Para que este conocimiento nos sea un consuelo debemos comprender que Dios es amor, de otro modo nos sentiremos limitados, llenos de temor, como sucede con la mayoría de las personas.

3 Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos.

- *“Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos”* (vers. 3).

Dios está con nosotros no sólo cuando estamos despiertos, sino también cuando reposamos, cuando dormimos. Él no duerme, siempre está en condición de oír nuestro clamor y responder. No sólo está con nosotros cuando estamos activos, sino en todo momento, y ve nuestros caminos. Sabe en qué dirección marchamos. Hay solo dos caminos, y éstos fueron puestos por Dios delante de los hombres: el camino de la vida y el camino de la muerte: *“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y*

la maldición” (Deuteronomio 30:19), y quiere que cada uno escoja la vida. Jesús es el camino que conduce a la vida eterna. *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”* (Juan 14:6). El camino conduce a la vida por medio de la verdad y no tiene sentido seguir otro camino. La Palabra de Dios, nos advierte: *“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte”* (Proverbios 14: 12). Pero la verdad tiene el maravilloso poder de hacernos libres: *“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en Él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:31, 32).

¿Quién no quiere ser libre? ¿Libre de sus pasiones, de dolor, de decepciones, incluso de la muerte? La Palabra de Dios nos muestra el camino de la verdad y de la liberación, nos señala a Jesucristo, el Redentor, quien llevó los pecados del mundo.

4 Pues aún no está
la palabra en mi
lengua,
y he aquí, oh Jehová,
tú la sabes toda.

- *“Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda”* (vers. 4).

Antes que digamos algo, o pensemos en ello, el Señor, que conoce nuestros pensamientos desde lejos, sabe con seguridad lo que vamos a decir. Lamentablemente, a menudo, expresamos nuestros pensamientos sin reflexionar sobre la influencia que ejercerán sobre los demás, a pesar de que la Palabra de Dios nos advierte: *“En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente”* (Proverbios 10:19), y en otro capítulo del mismo libro, nos dice: *“El que ahorra sus palabras tiene sabiduría”* (Proverbios 17:27) .

5 Detrás y delante me
rodeaste,
y sobre mí pusiste tu
mano.

- *“Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender”* (vers. 5, 6).

6 Tal conocimiento
es demasiado
maravilloso para mí;
alto es, no lo puedo
comprender.

David se siente bien protegido, consolado, y es feliz de saber que está rodeado por todas partes y no ha de quedar desamparado de la protección divina. ¡Qué maravillosa experiencia! ¡Qué seguridad brinda el sentirse rodeado del amor del Dios Todopoderoso y Omnisapiente! Job también tuvo esta profunda experiencia, pero pasó por un período

de desesperación; habló con Dios, quien era también su amigo, y le dijo: *“Déjame, pues, porque mis días son vanidad. ¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas, y para que pongas sobre él tu corazón, y lo visites todas las mañanas, y todos los momentos lo pruebes? ¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada, y no me soltarás siquiera hasta que trague mi saliva?”* (Job 7:16-19). ¡Qué maravilloso! No podemos caer más allá que en la red del amor de Dios. Cuando Job comprende cuán tontas son sus palabras, pone la mano sobre su boca y calla. ¿No deberíamos nosotros hacer lo mismo cuando nos sentimos molestos por el constante cuidado de Dios? Job reconoce que Dios es un guardián del hombre. Nos ha creado con un propósito: desea hacernos felices, quiere salvarnos, su vista está sobre nosotros, ¡somos el centro de su atención! ¿La atención de quién? De Dios. Si comprendiéramos bien esto no nos esforzaríamos por atraer la atención de los hombres, sino que permaneceríamos quietos, y nos alegraríamos de saber que ya sea que andemos o reposemos, el Señor está con nosotros.

- 7 ¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?
- 8 Si subiere a los cielos, allí estás tú;
y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.
- 9 Si tomare las alas del alba,
y habitare en el extremo del mar,
- 10 aun allí me guiará tu mano,
y me asirá tu diestra.
- 11 Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán;
aun la noche resplandecerá alrededor de mí.

• *“¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar; aún allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra”* (vers. 7-10).

Cuando uno ha experimentado la protección y el amor divino, no se separará de Dios ni tratará de huir de su presencia. David expresa estos pensamientos, no porque le moleste la presencia de Dios en su vida, todo lo contrario, se deleita en saber que es imposible esconderse del Altísimo. Donde sea que el hombre vaya, lo que sea que haga, el Señor lo puede alcanzar con su mirada; en el cielo, en la tumba, más allá de los mares. La mano de Dios guía y sostiene al hombre; lo conduce a hacer el bien y preserva su vida.

• *“Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz”* (vers. 11, 12).

- 12 Aun las tinieblas no encubren de ti,
y la noche resplandece como el día;
lo mismo te son las tinieblas que la luz.
- En Dios no hay tinieblas, cuando su rostro ilumina a los hombres, su vida se desarrolla en la luz. Estar bajo la luz divina significa estar desnudo; todos nuestros defectos, todas nuestras debilidades nos son reveladas; aparecemos como somos realmente, y aunque esta experiencia es muy dolorosa, es un consuelo saber que nos encontramos ante Aquel que nos puede limpiar, sanar, y restaurar a su imagen. Un hijo de Dios, una persona que vive bajo la guía divina, aun en los momentos más oscuros de su vida vislumbra un rayo de luz. El ojo de Dios penetra lo más recóndito del alma humana, el que mora en la luz disipa las tinieblas con su sola presencia.
- 13 Porque tú formaste mis entrañas;
tú me hiciste en el vientre de mi madre.
- *“Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien”* (vers. 13, 14).
- 14 Te alabaré; porque formidables,
maravillosas son tus obras;
estoy maravillado,
y mi alma lo sabe muy bien.
- El salmista sabe que es una criatura de Dios, que no es producto de la evolución, sino que fue creado en forma maravillosa y misteriosa. Si uno estudia el proceso de crecimiento del feto, cómo comienza a formarse después de la fecundación del óvulo y paso a paso se van desarrollando las distintas partes del cuerpo, se llena de admiración. Si uno piensa cómo se da la concepción, cuando el óvulo es fecundado por el esperma y viaja hacia el útero que se ha preparado para recibirlo, sólo puede alabar la sabiduría y el amor divino que le dio al hombre la posibilidad de procrear. Pero no se necesita estudiar anatomía o fisiología para notar cuán maravillosamente fuimos creados. Basta con observar nuestro cuerpo, cómo se mueve, la elasticidad de los músculos, el brillo del cabello, la porosidad de la piel, etc. Realmente, Dios nos creó en forma maravillosa. Observemos cómo el ojo, ese órgano tan precioso, está protegido por el párpado, las pestañas y las cejas. Pero no se trata de un órgano con una función práctica solamente, sino ¡cuántas veces no quedamos admirados ante la belleza de la forma o el color de los ojos de una persona!
- Job también se maravillaba de la sabiduría de Dios en la creación del cuerpo humano, y cuando se observaba a sí mismo con todas sus debilidades, le decía a su Creador: *“Acuérdate que como a barro me diste forma; ¿y en polvo me has de volver? ¿No me vaciaste como leche, y como queso me cuajaste? Me vestiste de piel y carne, y me tejiste*

con huesos y nervios. Vida y misericordia me concediste, y tu cuidado guardó mi espíritu... Tus manos me hicieron y me formaron; ¿y luego te vuelves y me deshaces?” (Job 10:9-12, 8). No, el Señor no quiere deshacernos, sino restaurarnos, salvarnos, y cuando Job vuelve en sí, dice: *“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios”* (Job 19:25, 26). Es consciente que tiene la necesidad de un Redentor. ¡Qué maravillosa esperanza cuando el hombre comprende el plan de salvación! El hombre no sólo fue creado con un cuerpo, sino como un ser con capacidades especiales que piensa, reflexiona y siente. Es una maravillosa y misteriosa combinación de cuerpo, alma y espíritu. El alma del salmista, su mente, sabe, conoce que las obras de Dios son maravillosas, comenzando por sí mismo, la corona de la creación. ¿Reconoce lo mismo nuestra alma?

15 No fue encubierto de ti
mi cuerpo,
bien que en oculto fui
formado,
y entretejido en lo
más profundo de la
tierra.

• *“No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra”* (vers. 15).

Nada está oculto a los ojos de Dios, nada sucede sin que Él lo sepa, y el misterio del nacimiento de una persona o del nuevo nacimiento o nacimiento espiritual, no se puede dar sin su intervención. Si bien el cielo, donde se encuentra el trono de Dios, está tan lejos de la tierra, o parece estarlo, Dios sabe lo que sucede en este planeta. Él no sólo sabe lo que hace cada ser humano, sino incluso la más insignificante de sus criaturas. *“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?... Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos”* (Mateo 6:26, 28, 29). Nuestro Padre celestial se ocupa de la criatura más insignificante de la tierra; ni siquiera un gorrión cae sobre la tierra sin que Él lo sepa. Mateo 10:29. ¡Cuánto más no se ocupará del hombre! No hay profundidad ni abismo que Él no pueda sondear.

16 Mi embrión vieron tus
ojos,
y en tu libro estaban
escritas todas
aquellas cosas
que fueron luego
formadas,
sin faltar una de ellas.

• *“Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas”* (vers. 16).

¡Qué pensamiento más maravilloso! Antes que algo sea creado existe ya como una realidad en la imaginación del hombre. De esta misma manera, antes que fuéramos concebidos, Dios no sólo nos conocía, sino que sabía todos los actos que realizaríamos a lo largo de toda nuestra vida. Nosotros no sabemos qué nos espera cada nuevo día, ni siquiera qué sucederá la siguiente hora, ni lo que nosotros mismos haremos, ¡somos tan impredecibles!, pero Dios lo sabe todo.

17 ¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!
¡Cuán grande es la suma de ellos!

• *“¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena; despierto, y aún estoy contigo”* (vers. 17, 18).

18 Si los enumero, se multiplican más que la arena;
despierto, y aún estoy contigo.

Es imposible para el hombre comprender los pensamientos de Dios en su totalidad y profundidad, si ello fuera posible, el hombre sería igual a Dios. Pero Dios no esconde sus pensamientos, nos ha dado las Sagradas Escrituras para que aprendamos la manera en que Él piensa, y veamos las cosas como Él las ve; para que aprendamos a pensar como Él lo hace y ver las cosas como las ve Él; para que actuemos como Él actúa, con justicia, misericordia y amor: *“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley”* (Deuteronomio 29:29). El hombre no puede llegar en su investigación más allá de donde se lo permite Dios, pero Dios le revela todo lo que necesita saber para su salvación. Lo importante es que aun cuando nosotros no lo comprendemos, Él nos comprende y vela sobre nosotros constantemente: *“despierto, y aún estoy contigo”* (Salmo 139:18). ¡Qué maravilloso!

19 De cierto, oh Dios, harás morir al impío; apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios.

• *“De cierto, oh Dios, harás morir al impío; apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios. Porque blasfemias dicen ellos contra ti; tus enemigos toman en vano tu nombre”* (vers. 19, 20).

20 Porque blasfemias dicen ellos contra ti; tus enemigos toman en vano tu nombre.

El final de los impíos será la muerte eterna pues no quisieron beber de la Fuente de vida, sino que tuvieron sed de sangre. Fue esa sed que clavó a Cristo en la cruz, y se burlaron de Él cruelmente: *“Confió en Dios; librole ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios”* (Mateo 27:43).

21 ¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos?

• *“¿No odio, oh Jehová a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos”* (vers. 21, 22).

22 Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos.

En otras palabras: *“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia”* (Salmo 1:1, 2).

23 Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos;

• *“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”* (vers. 23, 24).

24 y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.

El salmista no tiene ninguna confianza en sí mismo, sabe que *“engañoso es el corazón”* (Jeremías 17:9) y que el Señor es el único que puede descubrir toda impureza escondida. Job dijo: *“¿Y cómo será limpio el que nace de mujer? He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos”*, por lo tanto ruega con humildad: *“Enseñadme, y yo callaré; hacedme entender en qué he errado”*. *“¿Cuántas iniquidades y pecados tengo yo? Hazme entender mi transgresión y mi pecado”* (Job 25:4, 5; 6:24; 13:23). David pidió muchas veces al Señor que lo condujera por su camino: *“Enséñame, oh Jehová, tu camino, y guíame por senda de rectitud”* (Salmo 27:11), y esto porque tenía confianza en que Dios era quien lo ceñía de poder, y hacía perfecto su camino. Salmo 18:32. Cuando le confiemos nuestros caminos, quizá tengamos la misma experiencia de Job: *“Pones además mis pies en el cepo, y observas todos mis caminos, trazando un límite para las plantas de mis pies”* (Job 13:27). A veces el Señor debe colocar nuestros pies en el cepo para que no marchemos por caminos de injusticia; pero también podemos tener la seguridad de Job: *“Mas Él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro”* (Job 23:10).

Todo lo que podamos experimentar en el camino con el Señor es para nuestra salvación. Si puedes estar convencido de esto *“tendrás confianza, porque hay esperanza; mirarás alrededor, y dormirás seguro. Te acostarás y no habrá quien te espante, y muchos suplicarán tu favor”* (Job 11:18, 19).

SALMO

146

Los últimos salmos son netamente himnos de alabanza. Aquí, una vez más, el poeta dialoga con su alma y la invita a alabar a Dios, a la vez que se propone en su corazón alabarle toda su vida con salmos que él mismo compone, haciendo uso de uno de los muchos talentos con los cuales el Señor lo ha dotado.

- 1 ALABA, oh alma mía, a Jehová.
David conoce bien la naturaleza humana, se conoce a sí mismo y no tiene ninguna confianza en el ser humano; al igual que Pablo, sirve a Dios en espíritu, gloriándose en Cristo Jesús, *“no teniendo confianza en la carne”* (Filipenses 3:3). Sabe que Dios es celoso y requiere nuestra total dependencia de Él porque su objetivo es brindarnos felicidad y conoce la maldición para el que pone su confianza en la carne, la cual expresa el profeta Jeremías: *“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová”* (17:5).
- 2 Alabaré a Jehová en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva.
“No hay” en el hombre *“salvación”* (vers. 3). El ser humano no puede librar su alma de la muerte, y mucho menos la de los demás ya que es polvo que, privado del aliento divino, vuelve al polvo y *“perecen sus pensamientos”* (vers. 4). David sabe lo que más tarde declarará su hijo Salomón, que más vale perro vivo que león muerto, porque: *“Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos...”*, pero *“los muertos nada saben ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en lo que se hace debajo del sol”* (Eclesiastés 9:4-6).
- 3 No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación.
En su época, la filosofía platónica no contendía con la Palabra de Dios enseñando la vida del alma independientemente de la del cuerpo, sino que David era consciente de que, quitado el aliento divino, el alma, que es el resultado de la unión de la materia y el espíritu de Dios (Génesis 2:7), deja de ser.
- 4 Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos.
Por ello es bienaventurado el hombre *“cuya esperanza está en Jehová su Dios”* (vers. 5), el Creador del cielo y de la tierra, quien no es indiferente al destino de sus criaturas, sino que *“hace justicia a los agraviados”* y *“da pan a los hambrientos”* (vers. 7).
- 5 Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios,
En su época, la filosofía platónica no contendía con la Palabra de Dios enseñando la vida del alma independientemente de la del cuerpo, sino que David era consciente de que, quitado el aliento divino, el alma, que es el resultado de la unión de la materia y el espíritu de Dios (Génesis 2:7), deja de ser.
- 6 el cual hizo los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay; que guarda verdad para siempre,

7 que hace justicia a los
agraviados,
que da pan a los
hambrientos.
Jehová liberta a los
cautivos;

8 Jehová abre los ojos a
los ciegos;
Jehová levanta a los
caídos;
Jehová ama a los
justos.

9 Jehová guarda a los
extranjeros;
al huérfano y a la
viuda sostiene,
y el camino de los
impíos trastorna.

10 Reinará Jehová para
siempre;
tu Dios, oh Sión,
de generación en
generación.

Aleluya.

Enumera el salmista algunos de los actos de misericordia de Jehová: “*liberta a los cautivos* [de la esclavitud del pecado]”; “*abre los ojos a los ciegos*” (vers. 7, 8); lo mismo que anunció el profeta Isaías que Jesús vendría a hacer a la tierra: “*El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel*” (Isaías 61:1).

Pero si bien Dios no hace acepción de personas y su gracia alcanza a todo hombre; si bien “*hace llover sobre justos e injustos*” (Mateo 5:45), “*Jehová ama a los justos*” (vers. 8). Hay seres que son el blanco de su especial cuidado, los más desamparados, los más débiles, los más necesitados de su ayuda y protección: los extranjeros, los huérfanos y las viudas.

Esta es, en sentido espiritual, la condición de cada habitante de este planeta que reconoce su dependencia del Dios de amor. Somos extranjeros, peregrinos en esta tierra donde vivimos una lucha continua por mantener nuestra conexión con el cielo, por vivir de acuerdo a sus principios y con la esperanza viva de un día pasar a estar unidos físicamente con la familia celestial.

Desde la caída del hombre en el pecado, éste dejó de tener una comunión directa con su Creador y Padre, así es que nacemos en este mundo huérfanos en el aspecto espiritual y anhelamos constantemente esa adopción de la que depende no sólo nuestra vida, sino nuestra felicidad, la posibilidad de volver a ser hijos de Dios que sólo es posible por medio de la aceptación del sacrificio que Jesucristo hizo por nosotros. “*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*” (Juan 1:12).

¡Aleluya! Los hijos de Dios, la iglesia de Dios formada por todos aquellos que adoran al Padre “*en espíritu y en verdad*” (Juan 4:24), no es viuda, pues su esposo es el Dios vivo que declara: “*Yo soy vuestro esposo*” (Jeremías 3:14), y se prepara día a día para el encuentro solemne con su prometido, para las “*bodas del Cordero*” (Apocalipsis 19:7), para ese día glorioso en que el Señor Jesús, ataviado

como un rey con muchas coronas, pues es el Rey de reyes, con todos los ángeles *“y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntos con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”* (1 Tesalonicenses 4:16, 17), quien reinará *“para siempre”* (Salmo 146:10).

Ante tal perspectiva, ¿no concluiremos nosotros también con un ¡Aleluya!, añadiendo un ¡Amén!, que así sea?